

Representaciones del Marqués de Santa Cruz de  
MARCENADO











9/250 **REPRESENTACIONES**

**DEL CAPITAN GENERAL**

*MARQUES DE SANTA CRUZ DE MARCENADO,*

*Á LA JUNTA SUPREMA CENTRAL,*

*AL CONSEJO DE REGENCIA,*

*Y ALAS CORTES EXTRAORDINARIAS DE ESPAÑA,*

---

**ADVERTENCIA AL LECTOR.**

Entre las contradicciones que llenan el corazon humano, hallo ser la mayor la de un militar, que denodado combate en el campo á su enemigo valiente y diestro, y en la corte guarda vergonzoso silencio al error autorizado y envejecido, y que conoce amenazar su vida y la de sus compatriotas. Contra esta culpable pusilanimidad gritó un celebre épico diciendo:

Heroe en el campo el frances  
Vil y ruin en la corte es.

Lisongeando en el primer verso á sus paisanos, y definiendo en el segundo á casi todos los militares. Yo que no merezco el título de heroe, pero si el de primer español armado contra el tirano de su religion, patria y Rey, mereceria el de ruin y vil, si en la corte guardase criminal silencio á los errores que en ella advertí, asi de la milícia como de la política; por lo que con generosa libertad representé á mi Rey, no apocando su animo con llamar incorregible su gravedad, sino gritando mas alto por su remedio, que ensalzándola. Las leyes que tanto nos inculcan la obligacion de decir verdad á nuestros Reyes, llamándonos infieles á ellos, sino la cumplieremos, parecen haber muerto con sus autores, pues que no solo callan la verdad los individuos de la sociedad civil española, sino aun á aquellos cuerpos á los que el cumplimiento de las leyes incumbe singularmente. Tan sonrojosos exemplos no son poderosos en mí que siempre alzaré el grito por el bien de mi patria, quanto crece su riesgo, y por



él en mi el amor á ella; por el que á la Suprema Junta Central representé con generosa aunque comedida libertad graves errores, nuevos unos en su gobierno; y otros ya recibidos del pasado; pero esta mi entereza, ó mejor diré acaloramiento de mi patriotismo, no fué de ella oído como tál, sino como un arrebatamiento de un español en quien eran de perdonar los crasos errores de su entendimiento por los puros deseos de la voluntad, y así me comunicó por su secretario haber recibido mis reflexiones militares dictadas del celo y dirigidolas al ministro de guerra, para que de ellas hiciera el uso que pareciese conveniente, aunque sin darle autoridad para ello; olvidando S. M. haberle yo representado tambien muchas morales políticas y económicas Yo que vi haberlas escrito sin aprovechamiento público, y que las leyes no callan y por ellas tampoco debo yo enmudecer, repetí á la Regencia aquellos mismos consejos que no por aquel desengaño me parecieron inútiles como habian sido vanos, y añadí otros que el tiem-

po y la ocasion me mostraron ser oportunos sin temer que fuesen despreciados, como parecen haberlo sido de S. M., que ni me dixo haberlos oido, ni la experiencia haberlos aprovechado. Yo que deseo aquietar mi espiritu cumpliendo la obligacion de fiel vasallo en repetir la verdad á mi Rey, aunque parezca despreciada por dicha de mi, y de conservar mi buen nombre de verdadero español, publico hoy mis representaciones á ambos gobiernos, no para adquirir el crédito de erúdi- to que no merezco ni busco, sino para conservar el de buen vasallo, y dar exemplo á mis compatriotas de cumplir la ley de decir verdad á mis Reyes, satisfaciendola á sí, y al público, sin temer mas que la infamia que el amenaza al vil silencio, y no á los cortesanos, que á la Suprema Junta Central dictaron mandarme retirar á Asturias con la mayor brevedad, paliando asi un destierro que á mi me honra, y á ellos infama por mostrar su odio á la verdad. Reciban pues mis compatriotas estas representaciones mias no como dechados de sábios consejos, sino

como exemplos de la entereza varonil de un buen hijo de su patria España, que la mostrará hasta en su último suspiro: y reciban tambien mi última representacion á nuestras Cortes extraordinarias, á las que repito mis avisos, sin temer su desagrado, que tanto me mostraron los dos últimos gobiernos alzándoles mas y mas mis clamores por el restablecimiento de la disciplina militar, que centuplica los hombres y de una caña hace una lanza, y de cuya corrupcion nuestros nietos antes culparán á los comandantes de las tropas que á nuestros gobiernos, que no tanto como ellos, deben conocer, que jamas se alcanzó victoria sin disciplina, y que mis documentos para restaurarla son de muy facil execucion, y que á no darsela, serán ante las generaciones venideras un formal proceso, por el que serán declarados infieles á nuestra patria, que por su culpa será forzosamente esclava.

1. El presente informe es el resultado de la investigación realizada por el personal de la Oficina de Estudios y Estadísticas, en el marco de la labor encomendada por el Comité de Asesoría y Vigilancia, en el mes de mayo de 1998.

100

V. M. se digne de oír benigno á un vasallo, que por la verdadera gloria de serlo fiel, y no por la vana de decir verdades á su Príncipe, afectando superioridad de virtud política y de ciencia militar y civil, acude á el para depositar en sus oídos las verdades, aunque dolorosas, de que está lleno su corazon, como de las multiplicadas obligaciones de decirlas á su Soberano. Los titulados de España, que mas lo eran por oficio, que por honor, eran tambien en tiempos mas felices los consejeros natos de sus Reyes, y no lo eran aquellos letrados que siendo sus asesores, les usurparon tan generoso dictado, llamándolos ignorantes del derecho Romano que con tan craso ó estudiado error llamaron *comun* siendolo solo el natural, en él que aquellos titulados estaban bien instruidos por su propia nobleza verdadera cátedra de él. Yo pues por tal titulado soy obligado á decir á V. M. verdades templadas por el respeto que le es debido, pero tambien por el que á ellas mismas. No menos estoy obligado á decirlas á V. M. por haberme honrado con la mas alta dignidad de la milicia, que desmereciera, sino mostrara tanto valor en la corte como en el campo. Muchos, Señor, son detractores de los principes imputándoles quizá leves errores, forzosos en la humanidad, y pocos les avisan de los graves, infamándolos aquellos con agravarles los leves, y estos con injustos temores de ser mal oídos. Yo no hago á V. M. tal agravio; le digo males no leves ni de difícil remedio, y en fin uso comedidamente de la accion popular, que me concede la ley corrobora-

da por V. M. en su llamamiento á todos sus vasallos para que le digan la verdad, y le pago el vasallage de ella, que como decia el grande Hernan Cortes, es el primero que debemos á nuestros Reyes. Oiga pues V. M. algunas observaciones militares que hize en mi profesion, y otras económicas y morales que son del público cuerdo, del que soy como bocina, y no del idiota vulgo que desprecio.

Nuestro ejército señor, que mal así puede llamarse, por que en la paz apenas fué exercitado sino en pedanterias militares, y en la guerra recibió erroneas doctrinas, era quando sorprehendida toda nuestra nacion por la tiranía del monstruo Napoleon, de un competente número de hombres para mezclarse en él hasta el de doscientos mil bisoños, contando acaso con alguna facilidad por pies veteranos de regimientos todos los del ejército dispuestos á recibir aquel número: pero estos doscientos mil hombres (y no creo hayan llegado á tantos los dados por las provincias) veteranos fueran muy luego, si amaestrados por otros que merecieran tal nombre; pero á V. M. consta que en nuestros tiempos fueron condenados al fusil muchos, que en otros al remo, por que á los ruines jamas llamaré veteranos. Nuestras tropas perdieron la disciplina de la milicia, que es toda su fuerza, en las campañas de Francia y no la recobraron como aconseja Vejecio en la paz y plazas: V. M. justamente reconocido á los buenos vasallos que levantaron regimientos en su servicio, los premió con el mando de ellos, y en esto mas acaso arriesgó V. M. su honor que se lo hizo, por que en las acciones de la guerra forzosamente se han de mostrar visoños en las dos primeras campañas. Vi en mi juventud crear quatro regimientos de infantería

que aun en las pequeñeces de la guarnicion tardaron algunos años en igualar á los veteranos. Si al crear estos regimientos nuevos se hubiera tenido presente la sabia doctrina del Mariscal de Sajonia, de que es facil añadir colas nuevas á cabezas viejas se hubieran aumentado los regimientos antiguos, y no arriesgado la honra y vida de los bisoños; y un buen vasallo que tantos presentó, merece un grado mas que el de coronel, y no mandar como tal. Pero este daño es de facil enmienda, reformando estos regimientos bisoños con aumento de los veteranos y sin sonrojo de sus oficiales tan dignos de atencion; y así agregados á ellos los gefes, y empleados los subalternos.

Nunca repetiré sobrado á V. M., ser la disciplina la fuerza de la milicia, y no posible conservarla en el hambre, porque como S. Bernardo dice para los Monjes; donde hay abundancia hay observancia. ¿Que diré yo pues á V. M. para los soldados? Que serrelaxa la disciplina permitiendo al soldado salir del campo á buscar yerbas y raices silvestres, que es concederle el merodes raptó y salteo. Por la disciplina Señor dice Vejecio, que fueron los romanos abentajados á todos los que lo eran sobre ellos endones de la naturaleza y fortuna, en ciencias y artes y no menos, dice Ciceron, haberlo sido los romanos sobre todas las Naciones por su religion, que aunque falsa, concurría á sus buenas costumbres, sin las que las leyes militares no obran, sino quando ayudadas de muy sangrientas penas. ¿Qual es, Señor el respeto guardado por los exércitos á la nuestra verdadera? Oí con doloroso escándalo, que en los penultimos meses habia en nuestro ejército tantonúmero de rameras que excedía en mucho al de las

admitidas en el nuestro antiguo, que era el de ocho por cada cien hombres. El Señor de los ejércitos que tantas veces se llama así, no favorecerá al nuestro en que tantas mugeres pelean por el enemigo, así irritando al señor que nos había de ayudar contra él, como enflaqueciendo las fuerzas del ánimo y del cuerpo de nuestros soldados. ¡Que vergüenza la nuestra en la memoria de que los Atletas Romanos se abstendían de la Venus así por conservar la fuerza de su pecho como la de su brazo! Pero aunque gravísimos son estos males, no son leves ser las mugeres encubridoras de robos, garitos, y espías; y distraher además á sus galanes y rufianes del uso de las armas. Y no admita V. M. por excusa de su permanencia en el ejército, seguir unas á sus maridos, y ser otras necesarias para la limpieza de la ropa: excusas vanas, y quando menos sugestiones de la flogedad y lujo. Mantenganlas los Obispos y cabildos, y así pelearán contra el tirano, quanto nuestras tropas mejor en la ausencia de ellas. También es grave ofensa de nuestra religion, y su sufrimiento vergonzoso al Gobierno militar, que de nuestra Soldadesca se oigan tantas palabras soeces y blasfemas y de ninguna el castigo. Temamos pues el mayor del Señor de los ejércitos, que fuera no defender el nuestro á la religion y patria? Y las defiende quien atropella sus leyes? A los jugadores, Señor, equipáro á las ramerás, de las que fueran dignos esposos, por que no menos dañan en los ejércitos, en los que los ví gozar gran favor, por el falso aprecio de aquellas dos prendas, que en ellos aparecen, de ricos y liberales. Ricos no lo son, sino por un pasajero favor de la fortuna, ó por efecto de aquella que llamaré Magia blanca,



con que hoy tan diestramente trasmutan un naype en otro: liberales tampoco son, por que el juego es un acto de la mas estremada codicia, con el que privan á un Padre de Familias del forzoso sustento de la suya. Nuestras leyes, Señor, son rigurosas contra los jugadores; y por que vanas? por que los que mandan, ó lo son, ó sus protectores, por no conocerlos. Tengan pues su rigor, como contra ladrones, que ellas indican.

En nuestro exercito (digolo sin ofensa de los sabios de el, y con verguenza de hablar asi de mi profesion) no es tanta la ciencia como la necesaria en trance tan estrecho, como el de pelear por nuestra libertad, con un enemigo aguerrido y victorioso de tantas naciones. Por ello la infanteria no es debidamente apreciada como el nervio de los Exercitos; y asi apta por si sola á todas las ocasiones y lugares de la guerra, bastandose no solo á si misma, sino auxiliando á todos los otros guerreros pero hoy por desgracia nuestra se considera como dependiente de la artilleria y caballeria, ya por compuesta de los ultimos hombres de la nacion, ya por su gran numero y asi de menor estimacion, ya por que caballeria y artilleria se prevalen en su aprecio de no saber la infanteria hacerlo de si misma; y en fin por que algunos por ignorancia y quizá otros por malicia no consideran á cada clase de guerreros la fuerza que en si tiene; por lo que quando en una accion de guerra, la infanteria no tiene cubiertas sus alas de artilleria ó caballeria, cree hallar disculpa de su retirada, no necesaria sino por ignorar su fuerza. Si el infante consideráre (y yo que lo soy me averguenzo de decirselo) que al frente de cada caballo corresponden seis infantes, quando

formados en tres filas que calando bayoneta de diferentes modos que sus puntas queden iguales y á una hagan resistencia al caballo y jinete, y que ademas le hacen fuego con postas á 20 pasos ó menos en la misma postura de bayoneta calada, se creeria irresistible; pero la imaginacion del infante realiza en el la fabula del Centauro que parece no poder resistir, y amenazar despedazarlo. Asi pues la imaginacion puede mas en el infante que su razon, y no digo que la experiencia, pues que rara ha sido favorable en este tiempo en que por desgracia nuestra se halla despreciada y no instruida la infanteria. Pero para que lo sea en la guerra, tenga á bien V. M. mandar hacer la esperiencia de que poniendo los Infantes botones á sus bayonetas y disparando con solo polvora, sean embestidos de los jinetes, á los que resistirán, aunque los botones dan grandes ventajas á los caballos, porque las bayonetas penetrando en ellos, resisten su impulso sucesivamente, y por lo mismo no en un solo momento y punto; y mejor lo harán, si como demostraré, un infante apoyare á otro estrechando piernas y hombros, de modo que hagan como un cuerpo fisico tanto mas solido, si á las tres filas en que hoy forma la Infanteria, precedieran otras dos que puestas rodilla en tierra hiciesen fuego y apoyasen en la derecha la culata del fusil, formando con el una como estacada obliquia quando las otras tres filas una horizontal. En esta formacion hallariamos ventaja sobre nuestros enemigos, asi por mayor fuego como por mayor solidez para resistir la caballeria; y esta que hoy parece novedad, demostraré á V. M. quan util fuera á su servicio, y que no por aumentar el fondo á costa del frente, se aumentaria el riesgo de

ser excedidas nuestras alas por las del enemigo; razon futil en que hoy algunos no bien entendidos militares, apoyan su servil imitacion del enemigo de su flaquissima formacion en dos filas, porque formado nuestro exercito á cinco de fondo, una compaña por exemplo de docientos hombres luego se hallaba en el de quince triplicando su fondo mas que sobrante para embestir y derrotar al enemigo, que nos hace la guerra con ventaja suya, teniendola en el fuego y evoluciones (la que le quitariamos con mayor instruccion) que reconoce nuestro soldado como nosotros los Oficiales debemos reconocer la del valor de nuestros soldados y aprovecharla á la bayoneta, que no resistirán nuestros enemigos, que con su fuego, alarido militar, y facil evolucion, ofuscan á nuestros bisoños que en si reconocen su animo, y con dolor, que es supesado por el arte del enemigo, no tan favorecido de la naturaleza que nos aventajó así en la fuerza corporal, como la causa de nuestra religion y patria, nos aventaja á los que combaten por la de un tirano.

Mas volviendo á la ventaja de la infanteria sobre la Caballeria ¿Como no me irritaré al oir que luego grita aquella por el socorro de Caballeria y artilleria? Tan de otro modo se pensaba en las naciones sabias antiguas y en la nuestra, quando lo era en la milicia, que era doctrina comun militar que artilleria y caballeria se habian de apoyar necesariamente en la infanteria, amenazadas sin ella de ser venas, por que quando la caballeria volvia derrotada por la enemiga, se apoyaba en la retaguardia de la infanteria por cima de la que hacia fuego al enemigo quando armada de mosquetes como lo estuvo largo tiempo. Tanto variaron las ideas desde el fin

del penultimo siglo hasta hoy, en que desconociendo su fuerza la infanteria clama vergonzosamente por que la supla la de la caballeria. Los Romanos, que debieramos tomar por maestros de nuestra milicia, tanto menos estimaban la caballeria que la infanteria, que habiendo dado trescientos caballos á su primera legion compuesta de tres mil infantes, la aumentaron hasta numero de seis mil y doscientos y no el de los trescientos caballos, lo que prueba que quanto mas sabios eran en la guerra menos apreciaban la caballeria; la que la historia militar nos muestra ser tanto mas numerosa en los Exercitos quanto las naciones menos sabias y belicosas. No por esto intento rebajar el precio de la caballeria que ademas de tener y de excitar la emulacion de la infanteria, tiene el de seguir con mas prontitud el alcance á los derrátados por ella, y á si el de ser mas apta para perfeccionar las victorias.

Xenofonte se quejaba de su falta en su famosa retirada en la que no gozaba cumplidamente las victorias que le daba la infanteria, pero hoy yá sea la ignorancia de esta, que como dice Folard, si conociera su fuerza seria invencible, ya que algunos de ella acaso por la ignorancia, ó malicia no la reconocen y claman por el suplemento de la caballeria, ya que esta se tenga por lisongeada de los clamores de aquella. Las ideas de ambas están desordenadas en grave daño de la Patria, y tanto que oí á algunos infantes que sin rubor contaban haberse rendido tres mil de ellos en campo abierto á mil y quinientos caballos franceses, y en un pueblo, seis mil infantes Españoles á tres mil caballos enemigos; y yo no sin rubor oigo que algunos comandantes de nuestras tropas creen salvar su honra no campeando

por falta de caballeria, y debieran hacerlo por la de infanteria que desconoce su fuerza, en lo que ellos pueden ser culpados por no demostrarsela, como yo pido á V. M. que disponga se haga, probando á la infanteria que aun solo formada en tres filas (y que como dixe, debiera serlo en cinco sin perder un solo tiro) presenta á cada ginete seis bayonetas, y que haciendo fuego con postas muy de cerca en la postura de bayoneta calada, es irresistible la infanteria, y mas si recibe á la caballeria con esforzado alarido que espanta á los caballos, y ginetes enemigos, y á los infantes propios anima; y aun quisiera (y no parezca á V. M. pequeñez por que con menos probables experiencias se mejoraron las artes) hacer la de que en los cartuchos de postas se introdujese pelo de camello de cuyo olor sabemos que huye el caballo. En fin, Señor, la infanteria es por si sola poderosa, demas facil leva, armamento, enseñanza y sustento que la caballeria, que no en todos los puestos y acciones de la guerra es como ella util, y que, quando no de toda buena voluntad, halla disculpa de no obrar, y aun en terrenos oportunos no lo hace con aquel impetu que hoy á tantos parece irresistible, porque ó no tuvieron presentes las consideraciones que hice, ó la experiencia de nuestras suizas en que dos ó tres garrocheros resisten á pie el tanto mas poderoso impulso de un toro. Si á V. M., pareciere publicar estas y otras razones para desengaño de nuestra infanteria logrará quatro bienes, el de que conozca sus fuerzas, y sino las usare sea castigada rigurosamente, lo que hoy dudan algunos ser justos por desconocerlas; el de que no se crea desamparada por falta de nuestra caballeria; el de que no tema la ene-

miga que debe despreciar; y el de que á nuestra caballeria se muestre que todas las naciones sibilas usaban de ella como de infanteria montada para correr al mayor riesgo y necesidad, que asi lo hicieron Griegos y Romanos que la usaron en cortísimo numero; y para ello fueron en el penultimo siglo creados en Flandes nuestros Dragones que D. Carlos de Coloma llama infantes montados en rocines,, y lo prueba, que llevaban pendiente del arzon un util de zapador; pero hoy por nuestra desgraciada ignorancia aun algunos Dragones se tienen por sonrojados en servir de infantes, por lo que la tercerola que se lo imposibilita, les fue tan grata, como ya antes á la caballeria lo fue la carabina y la bota, que decian ser muy utiles en su formacion y ataque y lo eran á los perezosos, que aseguraban jamas ser infantes, de lo que se desdeñaban; nueva razon para rebajar justamente el precio de la caballeria. Y yo pido á V. M. que para que sea segun las buenas ideas de la milicia una infanteria montada, disponga, que á los dos distinguidos cuerpos de Guardias de Corps y carabineros Reales se arme de lanza, que apeados conviertan quando necesario, en picas, que encomendadas á tan fuertes manos serán mortales á nuestros enemigos.

De la artilleria, Señor, diré á V. M. lo que Montecuculi, que hace mas estrepito que daño y que, como dixe de la caballeria, antes tomaba apoyo en la infanteria que se lo daba; y asi nuestros autores antiguos enseñan que la artilleria se ampare de la infanteria, pero esta por desgracia nuestra, quando habia de calar bayoneta, grita por el socorro de la Artilleria, que antes es para suplir el numero de infantes que no sus armas, bastantes, co-

mo dixé, á todas las operaciones de la guerra. Algunos Artilleros, aunque reconocen no bastarse á sí mismos, y que sus armas tampoco, sin las de la infanteria, sin embargo creen, citando las esperiencias de la Fere y de Metz, que es tan mortal á la infanteria tirando sobre ella primero á bala rasa, y luego á metralla, que nada ha de temer de ella; y por otra parte reconoce que sin su auxilio no puede asegurar su fuerza, y esto nos muestra la experiencia de que quantas baterias francesas atacamos en la ultima Guerra, con infanteria y no pocas con caballeria, fueron presa nuestra. Sin duda que la artilleria colocada en un estrecho desfiladero, es casi invencible á la Infanteria que la ataque por su frente, y sin él auxilio de otra artilleria poderosa; pero quan pocos son los desfiladeros que no tengan ataque por flanco ó espalda ó dominacion! Demos pues su justo precio á la artilleria, llamemosla forzosa contra las fortalezas naturales y artificiales, y no en los campos abiertos en los que su uso tan abundante y frecuente fué desconocido á nuestros abuelos, lo que prueba ser un mal entendido suplemento del valor y tactica, haberse introducido en los exercitos de la edad media, en que estos fueron descuidados, la tormentaria de aquellos tiempos, como la nuestra en el último y penultimo siglo, en que tampoco se consideraba la fuerza de la infanteria, á la que la aumenta tambien: y aun digo á V. M. (y no le parezca paradoxa) que dada á conocer su fuerza á la infanteria, que si tal lograra fuera como repito con Folard, invencible, convendria desterrar de las acciones campales el tan frecuente uso de la artilleria, por que importa al hombre conocer quanto puede sin socorros extraños; con lo que mejora su naturaleza sacando todas las fuerzas de ella,

y así es mas feliz por mas independiente.

No por quanto dixe á V. M. en prueba de no ser nesarios al Infante el ginete y el artillero, crea que no les doy su justo precio. Lo tienen, mas no tan alto como ellos se lo asignan, así por que su profesion es especial y de pocos, lo que parece realzarla, como por que desconociendo el infante su fuerza, por ello acude á la agena, de ginete y artillero, que lisongeados de éлло, se llaman necesarios. Cier to que lo es él artillero en algunas operaciones de la Guerra, pero no sé en qual el ginete, por que aunque, como digo, apto por su velocidad á seguir el alcance de los vencidos, ellos lo detienen con qualquiera barrera que le deparen, ó la haya hecho la naturaleza. V. M. pues se digne de disponer, que estas razones manuales lo sean al infante demostrandose las en una instruccion que le sea de facil inteligencia, y no por ello recele V. M. decaigan de su justo aprecio el ginete y artillero español al que V. M. mande demostrar sus ventajas sobre los iguales de los enemigos, con lo que el infante español sabrá no necesitarlos y ellos hacerse mas temer de los enemigos.

No solo se encuentra en nuestra infanteria tan grave error qual el de acudir por socorro á la artilleria y caballeria, por desconocer su fuerza que lo hace independiente de ellas en casi todas las funciones de la guerra, sino que se cree no armada, sino lo está de fusil y bayoneta. Esta arma, de que con razon dijo Federico segundo de Prusia.

Fruto es del Infierno, copia de su horror.

Que junta en si del fuego y hierro el mayor.

Es arma arrojadiza y de hasta; como arrojadiza, no necesita al infante á mostrar tanto valor, por que la usa contra su enemigo á larga distancia de el, pero no así como de hasta, que le fuerza á estrecharse



con él ; y aunque parece que esta segunda calidad pide mas valor para su uso, no es asi, si al infante se prueba que mas ha de temer la muerte de otra arma arrojadiza de su enemigo, que de la de hasta ó de puño ; por que si conbrió cierra con el, asegura la victoria con menos derramamiento de sangre que le causára el fuego enemigo, y asi hagasele ver que el que embiste ya tiene media victoria en creerse abentajado sobre enemigo : que el movimiento agita la colera, dá impulso al cuerpo, sacude el temor, dexa atras los lamentos de los heridos, sus gritos y las fantasias de la imaginacion, y todos estos efectos obra contra el enemigo, que viendose atacado, yá casi se cree vencido ; pero como los hombres son casi todos probabilistas practicos, siempre hacen menos de lo que deben, y por un engaño de su necio amor á la vida, antes se resuelven á perder diez hombres por ciento en una hora de fuego, arriesgando á demás la vida de otros muchos y su honra, que a perder cinco por ciento en una embestida momentanea á la arma de hasta por lo que vemos continuamente que los infantes derraman mucha sangre suya debiendo verter mas del enemigo con el mismo valor que le muestran, si lo empleasen en cerrar con él ; y en la guerra á nuestros enemigos presentes damos ventaja en el fuego, teniendola ellos en hacerlo mas pronto y certero, desaprovechando la nuestra de mayor robustez en el pecho y brazo, vana, sino se estrecha con ella al enemigo, que de necesidad há de conocer esta nuestra ventaja, palpable, en un español que ama su religion, Patria, y Rey, desea vengarlos con afectos, que no siente el soldado de un tirano que lo fuerza á combatir contra los que quisiera abrazar. Dixe, Señor, todas estas razones para que V. M.

las hiciera sensibles á mis compatriotas, que antes por mal instruidos que por timidos al enemigo, no se creen armados, no siendolo de fusil. Yo digo á V. M. de toda la abundancia de mi corazon, que creo estar librada la salvacion de España en que en su Exercito se usen pocos fusiles y si muchas picas. Bien conozco ser necesarios en algunas operaciones de la guerra, pero tambien ser desventajosos en las de campo raso, quales han deser las mas de esta guerra, y tarde logrará V. M. que el Español se crea igual al frances en su uso, y crea si que el de las picas lo aterrará en la primera ocasion que las usemos, por que tal arma tiene la virtud de distinguir forzosamente al valiente del cobarde, y no como el fusil, en quanto arma arrojadiza, que los confunde. Empuñar el Español la pica es, como jurar vencer ó morir, por que no creo que ninguno de ellos lo haga para cometer la villania de la fuga; por que entregarle tal arma es mostrarle la confianza de su valor; y como Xenofonte escribe de Ciro, que mandaba á sus soldados afilar los dardos, y que decia, que hacerlo era afilar los brios, y que se avergonzarián de no emplearlos, asi V. M. ha de creer que todo piquero Español, que de sus oficiales, reciva buen consejo y exemplo, ha de manchar su pica en la sangre enemiga.

Tiene esta arma la ventaja, sobre la de forzar al hombre á ser valiente, la de que es fabricada por qualquiera herrero, por que qualquiera que sea su cubilla, aunque no bien acerada ni templada, es mortal, y no pierde su virtud como el fusil en dias humedos, ni en pasos de rios ó pantanos; y aun digo mas á V. M. que ni el hierro es necesario á la pica, y que como tal vez hicieron nuestros abu-

elos para mostrar al moro el brio de su pecho y brazo, tostando la aguda punta del hasta del Fresno y otras maderas, le dieron tanta consistencia que ya que no igualase la del hierro, excedia á la necesaria para penetrar un hombre ó caballo. Este arte es conocido en España, y vergüenza fuera que los Indios que con maderas tostadas tantas veces nos resistieron en su conquista, nos excediesen en este arte y valor. V. M. pues tenga abien publicarlo, á sus vasallos y tambien el arte de hacer coseletes no olvidado en España, y con él nuestras matronas armarán á sus esposos é hijos de peto, gola, brazaletas, glebas, y capazete, con los que si algo faltara á su valor, quedaran confirmados en él de acometer á nuestros enemigos, con sus armas domesticas, y la nacion toda armada; y el enemigo todo aterrado dever una desolo seldados.

Poderosas son estas armas, pero mas quando usadas en otra formacion que la comun nuestra, que por desgracia tomamos al principio del ultimo siglo de nuestros enemigos, dexando la verdadera nuestra que era la Romana, ó de pelotones en varias lineas. El Mariscal de Vauban lleno de las ideas de dar mucho fuego á las lineas de sus fortificaciones, las trasportó por su autoridad á las formaciones campales y resultó esta que llamaré lineal hoy usada por los franceses aunque sus ingenios militares probaron dar ventajas á la nuestra antigua ó Romana, en manipulos, pelotones, ó plexiones. Esta que es la formacion de embestir, ó del valor, es la á nosotros conveniente, así por nuestro caracter fogoso, y por nuestra fuerza corporal, como por que segun ya dixé, tarde, los españoles creerán igualar á los franceses en cargar pronto y disparar certero, y así en-

tran en acción creyéndose con desventaja, y por tanto ya perdidosos. Y V. M. disponga que cese entre nosotros la formación de las tres filas, no conocida en los buenos tiempos de la milicia, y sí por flaca de mi abuelo, y Folard, que la corrigieron interrumpiéndola con columnas como de 200, hombres que la fortaleciesen. Ni tampoco permita V. M. que usemos la que hoy se llama táctica francesa, que no lo es, ni ventajosa, como ellos y sus ciegos imitadores dicen; por que el paso de una formación á otra por el de hileras, no siempre lo abrevia ni se ajusta á la mudanza de formación, y queriendo usar en ellas el paso regular, que es tan tropezoso, no se guardan sus distancias; y así aunque la experiencia en una era, ó plaza, lo aprueba, no así en terrenos desiguales: y V. M. observe quan fútil es en esta táctica el uso de las guías, banderolas, y otras pequeñeces, que lo son al meditativo, al que duele la servil imitación de nuestros enemigos, á los que por ella reconocemos superiores en ciencia militar, y propendemos por lo mismo á reconocerlos también en el valor. Y esta ciega imitación nos es gravemente dañosa por el reconocimiento de la superioridad, y alcanza á casi todas las materias militares, vistiendonos al uso de nuestros enemigos, como matachines, y algunos con tanto lujo como nuestros cortesanos, usando también sus monturas y jaeces, aunque acaso con daño conocido nuestro; y en fin hasta el dialecto militar es de palabras españolas con dicciones francesas. ¿No nota V. M. quanto esto estrecha nuestros cerebros y corazones? Pues yo como buen Español, y por quantos lo son, pido á V. M.; que no permita este nuestro apocamiento que tanto concurre al de nuestro ánimo. V. M. pues disponga que jamás

nuestras tropas tomen en accion campal la formacion de tres filas, ó lineal, sino es la que llamaré columnaria, que es la del valor; y ya que formemos en la lineal por razones de aquel momento ó lugar, hagamoslo en cinco filas que es formacion que dispone á la de las columnas, y menos arriesgada; por que las dos primeras filas hacen fuego rodilla en tierra, y las tres restantes en pie, y no como algunos, en dos filas, escusando tan grave error con decir que nuestros enemigos adelgazando el fondo, dilatan su linea, con la que toman en flanco á la nuestra; pero yo les respondo que las álas de la nuestra aun no formando en columna, triplicando su fondo, quando formadas con el de cinco, deben salir al encuentro á la arma blanca al enemigo, que aprenderá nuestra formacion por sus ventajas, y la imitará en adelante por razon, como hasta hoy nosotros la suya, por esta esclavitud mental á ellos, en que ciento y nueve años há vivimos. Asi suplico á V. M. que mande formar nuestras tropas á cinco de fondo que triplicado dá el de quince, el que segun el conde de Turpin, es el en que termina la verdadera solidez de la columna, que pasando de él no es mas que apiñamiento. Esta formacion al fondo de cinco filas tiene la ventaja de que como ya dixe, presenta á cada caballo diez bayonetas que forman dos estacadas, una obliqua de las dos primeras filas rodilla á tierra, y otra horizontal de las tres restantes. Tiene tambien la ventaja de que los bisoños están encerrados en la segunda y tercera fila, y si fuere necesaria la quarta, entre primera y ultima de los veteranos. Ademas tiene la ventaja de que triplicado su fondo quedan los visos encerrados de los veteranos, y si como espero, prosperáre en nuestra nacion.

del uso de la pica, pocas de ellas quedan sin él, por que nuestras columnas han de ser como de doscientos ó doscientos cincuenta hombres, que juzgo bastantes á resistir la caballería enemiga y desbaratar su infantería.

Yo suplico á V. M. que para acreditar las ventajas de la pica en cargue su primer uso á los regimientos de Guardias de Infantería; que yo, que servi en el de la Española, y conozco su denuedo, aseguro á V. M. que ambos le daran pruebas de quanto vale esta arma en manos dignas de ella, y de que mis razones no son vanas congeturas, sino tomadas del corazon humano, y de la historia militar, y en los mismos dos Regimientos hallará V. M. tan valerosos soldados, que para mostrarse tales empuñarán gustosos las picas, que propuse, sin hierro, y acreditaran por armas de valientes. Y no permita V. M. que como ya vi á algunos veteranos desacreditar los chuzos (picas con poca diferencia de su cuchilla) diciendo que el que los usara habia de sufrir tres descargas del enemigo antes de estrecharse con él, y no ser aptos, como la fusilería, para romper, y solo si para seguir la derrota, así digo se desacrediten las picas por algunos que discurriendo mal, no prometen obrar bien. Yo, Señor, pido á V. M. por el amor á nuestra santa religion, y á nuestra tierna patria, por las que combatimos, resueltos á morir por ellas, que ponga en la balanza de su juicio mis graves razones, que lo serán en la de todos los militares, que como yo, hayan examinado el corazon humano y nuestras antiguas ideas militares.

Harto dixe quanto á las armas, pero no así quanto á los hombres, que veo ser en nuestro exercito no tan pocos en numero como se cree comunmente, pues

que los grandes Generales no los quieren mayores de quarenta mil hombres, dudando, aunque grandes, como darles alimento, disciplina y campo de batalla; pero si veo, que nuestros soldados no son los mas condecorados Españoles como debieran, pues que no pocos de la nobleza primera, segunda, y tercera eluden las leyes de V. M. de tomar las armas en su defensa. V. M. se muestre rigurosisimo en su cumplimiento y veamos los magnates de la Patria correr á su defensa como á la de una madre tierna, que los crió á sus pechos, y les dió alta dignidad y copiosa hacienda; y no permita V. M. que escandalosamente ingratos la olviden. Un procer Español con la pica al hombro vale mil hombres plebeyos, por que lo son valientes otros tantos que lo miran arriesgar su vida y hacienda por su patria, que á todos nos dice que la debemos servir quanto ella nos favorece. Veamos pues á la primera nobleza, que aun lo es mas de hecho, que de derecho; y no permita V. M. eludir sus leyes con falsas excusas de debilidad corporal. Al magnate que no pueda ser infante, que es como mas mostrará serlo debidamente, permita V. M. que sea ginete, y sino tuviere robustez para levantar la espada, tenga valor para alzar el grito contra el tirano; y el mas debil procer Español servirá tanto contra el, quando atado á su caballo como el Cid contra el moro quando ya muerto y entablado sobre el suyo. Señor, la nobleza comenzó por la virtud; por ella acabe, muera si fuere preciso á la defensa de Religion y patria, toda la Española en el campo, y V. M. cree otra de la plebe, que sobreviviere, y que en su defensa se haya mostrado generosa. Vea yo pues, Señor cumplidas las sabias leyes de V. M. que nos man-

dan empuñar las armas á todos los capaces de usarlas, y acudan á ellas todos los nobles; que á esto llamaban nuestros abuelos dar autoridad á la empresa, que mas es de ellos, que de los infimos hombres del estado, que tampoco gozaron, y esperan de el, y hasta á los ministros del santuario que lo son del sacrificio incruento del Dios de la paz, vea yo que lo hacen en el campo de batalla del de sus impios enemigos que así los desprecian y á nosotros que los oímos con respeto; y no vea yo que ante V. M. ruan en esta ciudad tantos hombres y caballos, que su ley eluden con admiracion de otros pueblos, en que apenas quedó quien apañe las mieses. ¿ Si á vista de V. M. son burladas sus sabias leyes, que cumplimiento espera de ellas á larga distancia? Y si en los pueblos no son oídas, en los exercitos son despreciadas, como muestra la multitud de asistentes, que ó en ellos no toman las armas, ó se apartan á indecentes, ó vergonzosos mensajes. Yo cada día, Señor, me admiro de nuestras desgracias causadas por el desuso de las leyes. ¿ Donde las hay justas, y fuerza para su execucion, que falta, sino celarla?

Mas supongamos que nuestros exercitos ya abundan de quanto los compone, pero no de la ciencia de usarlo: Todo es en vano sin ella. Yo conozco muchos oficiales sabios y mas que debiera esperarse en un Exercito en que se da tampoco instruccion sustancial, que es forzoso adquirir por la propia lectura y reflexion. Sin embargo V. M. remediará este mal, considerando, que el Mariscal de Broglio publicó una instruccion provisional, que á sus oficiales repentinamente dio no poca. Mande pues V. M.; publicar otra tal forzando á su estudio y examen todos los oficiales que pueden adquirir su ciencia por su repetida



lectura sin voz viva de maestro; por que ¿aque es necesaria para que un oficial sepa ocho ó diez reglas de cada operacion militar, como la del paso de un rio, la de la sorpresa de un canton, la de forzar un retrincheramiento ó una casa fuerte? y disponga V. M. que este examen sea riguroso, y su aprobacion, ó no, por escrutinio secreto, y amonestar á los oficiales, que el que no lo alcanzare favorable, será postergado en sus ascensos. Quizá alguno llamará platónica esta idea que es de facil practica, por que en Amberes fue establecida al fin del penultimo siglo, aunque en tiempo tan turbulento, una academia de matematica á la direccion de Medrano, que no solo nos libró de la verguenza y riesgo de servirnos de ingenieros extraños, sino que los dio muy luego como dice el mismo Medrano, á otras naciones. V. M. pues mande escribir esta instruccion que mucho bien recibiremos de ella.

Quando ya instruidos tantos oficiales, facilmente se formarán verdaderos Generales, pero ya hoy V. M. fié el mando de sus exercitos á los que lo dio, y si ( lo que fuera en agravio de nuestra nacion, y de V. M. mismo y asi no es de temer) creyera no haberlos en España dignos de su confianza, llame V. M. á ella qualquiera extraño que la merezca; que al principio del ultimo siglo vencieron nuestros abuelos bajo Vandoma, y Barwik, por que menor mal fuera este que, no el de no dar V. M. libertad á los Generales, de aprovechar las instantáneas, oportunidades de la guerra, que V. M. no puede conocer quando distante; pues que dixe ser instantáneas, y asi no para consultadas por los Generales á V. M., que les dará orden de aprovecharlas quando ya no son; y aunque V. M. conozca los terrenos en que obran sus exer-

bitos, no las ocasiones, que son fugaces, así de los errores del enemigo, como de sus desgracias, ó igualmente de las nuestras: con que V. M. solo puede mandar acertadamente á un General, que cumpla su deseo, como si este fuera de conquistar á Madrid, cubrir á Castilla, esgombrar de enemigos á Extremadura, ú otras tales operaciones que son como la suma de una campaña; pero las menores que conducen á ellas, no han de estar en manos de V. M., que no tiene en las suyas las ocasiones que ha de dexar en las de los Generales, por que sino V. M. arriesga no aprovechar su ciencia y no adquirir el amor de sus vasallos, á los que duele que V. M. no muestre mas confianza á sus Generales, y por ello no les permita aprovechar las oportunidades. Sean pues los Generales que mandan los exércitos, los que usen las ocasiones de vencer.

Aunque algo dixe de la disciplina de los Exércitos, no tanto quanto ella importa. Nuestras leyes militares son sabiamente rigurosas; pero tambien vergonzosamente vanas por no executadas. ¿Que castigos vió nuestro Exército en los que mataron á sus Generales, en los que los calumniaron, ó en los que los abandonaron? ninguno. ¿Pues que esperanza puede V. M. tener de la victoria? ninguna. ¿Ni que puede V. M. (con dolor lo digo y con sonrojo de hablar así al Rey de los Españoles) esperar de Exércitos tan indisciplinados, que ó parecen greyes de hombres, ó quadrillas de salteadores? Aunque tan arraigado el desorden en nuestros exercitos, V. M. aun puede extinguirlo, pues que para tan graves males tiene en su mano el balsamo, y el cuchillo, que son el premio y castigo. Tambien es grave mal dexar impunes tantos populachos, que dando la grito de infieles á

hombres buenos los privaron de la vida, ó usando maliciosamente de estas ocasiones de venganza, ó las de ser neciamente hazañosos, á costa de buenos, ó con vergüenza de las justicias. De aquí es otro mal, que acaso algun día será grave, como es el de habituarse el vulgo á esta como soberanía, por la que pudiera oponerse al espíritu monárquico de todos los cuerdos Españoles, é inquietarlo con este republicano. Grave mal tambien es, que el vulgo falsamente fiel, degüelle los desertores enemigos, que tan pocos fueron ácia nosotros, por esta causa y por nuestra ignorancia en cohecharlos, sin la que los exercitos de nuestros enemigos, hubieran menguado notablemente. Dignese V. M. usar el premio y castigo con quanta abundancia y apresuracion ellos dictan, y creo que el primer remedio es sustentar debidamente al soldado, y cuidar de la conservacion de su salud, y para ella abastecer los exercitos de todas sus necesidades, por que un hombre hambriento, desprecia todas las leyes civiles y militares, por la natural de conservar su vida, y aunque fuera posible que la olvidase, no lo es hallar un capitan tan cruel, tan neciamente riguroso, ó tan crasamente ignorante, que intente que el soldado que no puede mantenerse en pie, cierre con su enemigo, que ya lo tiene vencido por el hambre. Viose, Señor, en la infeliz jornada de Espinosa caer muertos de hambre algunos españoles, y muchos desmayados. Mal es inveterado de nuestros exercitos estar sus soldados hambrientos. Recelo que su virtud de la frugalidad, que tanto bien les habia de causar, les daña no menos por que algunos comandantes no saben usarla mesuradamente; y yo les digo con Federico segundo de Prusia.

En vano su ciencia te enseña Marte

Si de Ceres no aprendes el gran arte.

Nuestro soldado pues sea mantenido con abundancia aunque no con delicadeza. El Mariscal de Sajonia, aconseja por muchas razones militares( y yo añadiría no menos medicinales ) el uso de la Galleta, que por desgracia nuestra es tampoco frecuente en nuestros exercitos. Crea pues V. M. que bien dixe que por desgracia nuestra no es frecuente en ellos y que es el mejor sustento del soldado.

No menos suplico á V. M. que atienda al buen vestido y calzado de los defensores de la patria. El mismo Mariscal de Sajonia demuestra que por sus defectos hay tantos de salud en los Exercitos; y que será en el nuestro en que las tiendas son como desconocidas? Ser hechas de buena ó mala lona causa ó no una campaña gloriosa, por que así se conserva ó pierde la salud de los compatriotas que debemos amar. Presumo que aquella servil imitacion de nuestros enemigos que ya llamé esclavitud mental, y que temo concorra á la nuestra politica, puso en campaña á los amados vasallos de V. M. que ha de mirarlos como hijos, sin la forzosa prevencion de tiendas, cuya falta ademas de ocasionar tantas enfermedades al exercito, no le permite aprovechar los campos ventajosos, y le hace parecer siempre en cantones de invierno, por que busca los pueblos para su abrigo. quizá con desventaja de su situacion, y quando no le es posible tomarlos, campa al descubierto, lo que repugnan hasta los pastores, hombres los mas duros que de tantos modos precaben las intemperies de las que á nuestros soldados no es posible guardarse, ni á V. M. evitar sus justas quejas de este mas que riguroso trato, por el que pierden su salud y su amor á la patria, y de quien lo permite, y no se crea que aunque rusticos, no saben conocer la diferencia

con que han de ser tratados los soldados de un Rey, qual V. M. justo padre, y el de un tirano qual Napoleón, que se sirve de propios y extraños como de maquinas de guerra. que sujeta á todas las intemperies, pensando renovarlas con las que le darán las naciones sus esclavas. No crea V. M. que por mas, que amado de sus vasallos, y por mas que temido, quando usáre rigurosamente las leyes militares, este olvido del buen sustento y conservacion de nuestras tropas; no influya gravemente en la de nuestra libertad; por que el español que és tratado no como hijo de la patria, sino como hijastro, asi combatirá por ella, pues que el que por su incuria no pierde la salud, pierde su amor, y los pueblos que por soldados hambrientos son saqueados mas allá de lo forzoso para su sustento; gritan contra el soldado español como contra su mayor enemigo, creyendo que el frances no los ofenderia mas en su honra y hacienda, por que en ambas los vimos ofendidos por los que V. M. armó en su defensa. V. M. pues considere que la indisciplina, de la que la primera causa y mas poderosa es el hambre, no nos permite esperar la victoria, que el Señor de los exercitos nos niega tambien por nuestros vicios. V. M. en cuya mano se halla el premio y castigo, polos del orbe moral, los ha de usar con tanta justicia que todos sus vasallos los esperen; pero hasta hoy fue el premio distribuido con tanta prodigalidad que se puede llamar castigo á la nacion española; por que produjo, no su propio efecto de animar la virtud, sino de lo opuesto, de fomentar el vicio; por que los premios dados á los que en la batalla de Medellin apenas entraron en su linea quando la abandonaron vergonzosamente; que efecto causarán, sino el de disponer los indignos de

ellos á que mas lo sean cada dia? V. M. á millares de ellos concedió distinciones que á nuestros abuelos inspirarian heroicidad, y á aquellos malos combatientes dió la esperanza de otras, quando si fuere posible, mas las desmerezcan, y apartó de ellos el temor del castigo en otras ocasiones en que acaso se les debiera dar el de muerte infame. V. M. á los que no combatieron en Medellin dió adornos y distinciones, que algunos que en otras ocasiones los merecieran, se avergonzaron de usar, y otros los usan despreciandolos, como otros confundiendo con tantos millares de agraciados los usan sin la concesion de V. M., que en esto hallará que enmendar tantos males que por evitarle sudolor no le repito; pero si digo, que ya comenzaron en las no bien discernidas gracias á los combatientes de Baylen. Los Principes, Señor, son los que verdaderamente usan la piedra filosofal, pues que á la vil alquimia convierten en precioso oro con solo llamarla así; pero si tanto abusan de ella, ni el oro lo es ni la alquimia tampoco. Asi pues los premios distribuidos en Baylen á los no dignos de ellos, no son premios, ni permiten serlo para los merecedores venideros. V. M. sea nimiamente económico en los tesoros de los honores, por que si envilecidos, fenecerá el siglo antes que el desprecio de ellos. Y á V. M. será forzoso dar en oro ó plata el premio que es el sustento del espiritu que arriesga su robustez recibiendo en ellos, como el cuerpo la suya, dandoselo en cobre ó bronce tan propios á corromperselo. Tanto hasta hoy dañaron los premios asi mal llamados, concedidos á los viles combatientes de Medellin, y á los no heroicos de Baylen, aunque tantos alli fueron hazañosos, bien que confundidos con los no dignos

de llamarse así. Mas por serlo tantos vino á la nacion otro mal no leve, y es el de la semejanza de aquellas tan poco apreciabiles medallas á las respetadas veneras de nuestras ordenes militares, dignos premios en el penultimo siglo de nuestros mayores Generales. Yo suplico á V. M. que use de extremada economia en la distribucion de honores, porque sin ella se vaciará su tesoro, inagotable si distribuidos justamente.

V. M. no menos sea severo en el castigo de los malos que es premio de los buenos. Nuestras leyes militares están olvidadas, y así nuestros ejércitos sin disciplina y por ello nuestra nacion en grave riesgo. Cumpla V. M. por su parte escrupulosamente el contrato militar hecho con sus vasallos, dandoles abundante sustento, y todos los demas menesteres para conservar la robustez de su cuerpo y ánimo, y exija de ellos que por la suya lo cumplan animosos y obedientes, y no poco concurre á ello, que sean bien tratados en los hospitales, por que si el soldado viere que por mal sustentado ó vestido enferma, ó que en accion de guerra es herido, y no por V. M. bien curado, no se arrojará á nuevo peligro viendo el grave de su vida en el mas leve achaque ó aruño, y así crea V. M. que en los hospitales ganará las batallas, así porque en ellos conservará la vida de sus vasallos como sus animos. Por nuestra desgracia los hospitales de nuestros ejércitos pueden llamarse muladares, así por su suciedad como por el trato de brutos en ellos dado á los hombres. Nunca mas facil que hoy, ordenarlos y proveherlos, así por que simplificada nuestra farmacopéa y curacion médica y quirúrgica, como porque tambien lo es el sustento de los enfermos y su cama, demostrado ya, ser muy preferible el gergon al col-

chon , y teniendo nuestros hospitales sobre los antiguos la ventaja de poder ser asistidos de personas piadosas , quales son los religiosos Capuchinos, y otros que con ansia desean emplear su caridad en ellos; y á V. M. doy testimonio de que en el Ampurdán la vi empleada con grande bien del ejército , conservando al Rey heróicos soldados , y quantiosos caudales , que en ellos se roban , quando no administrados por hombres , quales á V. M. propongo , y que no burlarán sus esperanzas, y que combatiendo contra el robo y dureza de otros asistentes , combaten tambien contra nuestros enemigos , conservando la robustez del brazo y pecho de los que los degollarán en el campo. Nunca, Señor, V. M. aunque padre justo y tierno , lo será harto al infeliz soldado que á su voz defiende la patria , de que tan poco bien goza y espera.

Los tributos , Señor, que son las rentas públicas que todos pagamos y debemos gozar , antes son administradas por V. M. que poseidas , y asi con mas razon que el Ilustrísimo Guevara al Emperador Carlos Quinto; le diré que ha de dar cuenta á Dios de los bienes de la república , no como Señor, sino como tutor , por que lo que los vasallos damos á la patria , á sus servidores damos. Si V. M. no guardase el obgeto de ellos los perderá , y el amor de sus vasallos , que jamas olvidan , que sino de su forzoso sustento, de sus razonables conveniencias fueron privados para presentarlos á V. M. en defensa de religion y patria. Si el público , Señor, acertare en quejarse de que V. M. tanto mas allá de la justa liberalidad asignó á sus primeros servidores el salario de quatrocientos mil reales, bien podré yo por el clamar á V. M. que tal derramamiento de caudales



no llegue á los oídos de nuestros enemigos, que por él aumentarán su esperanza de vencernos; por que consideran que nos han de faltar á materias necesarias los empleados en el lujo; y si V. M. consideráre mi celo tambien le suplicaré que corrija otras asignaciones que, aunque no tan quantiosas, por en mayor numero, suman mas crecidas cantidades. El tiempo, Señor, no solo es de penitencia espiritual para aplacar al Señor que nos castiga por la mano de un horrible tirano, sino de penitencia temporal, digamoslo así, en que todos con cierta abstinencia de superfluidades, debemos presentar á la patria quanto con ella ahorremos de las necesidades politicas, que ya no lo son, sino escándalos de un mal entendido decoro, que llamemos robo á nuestra madre España. Si pues el publico tuviese razon en afirmar que V. M. puede ahorrar los gastos de muchos empleos, y que aun creó otros, yo su interprete; no clamare á V. M. que no permita que el público tenga razon? Y si yo por el comunicáre á V. M. su queja de que confirmó pensiones que habia de mirar como mercedes Enriqueñas, y aun concedió otras á personas en que no reconoce merito de ellas, V. M. ¿no me ha de oír como á un buen español que le evita que el público alce el grito por satisfacer sus lamentos, y yo los haga mesurados por el? Una levisima pension concedida á un indigno es exâgerada por los maliciosos como un agravio á toda la nacion, y V. M. que antes de ser Rey fue miembro del rigido tribunal del público, sabe quanto el lo es, viendo que lo que dió á su Principe, que quando justo mira como su padre, se distraiga á otros obgetos no de su proposito, y que á levisimas cantidades no empleadas en su obgeto llama quantiosas usurpaciones, no tanto por su suma,

quanto por que parece ir en ellas el desprecio de él; y como siempre hay quien demande del fisco con justa razon, ensalza el agravio hasta en la tardanza como enorme injusticia; y asi hoy clama altamente á favor de las viudas y pupilos, cuyos maridos y padres hicieron fondo para sus módicos alimentos que hoy no gozan aunque forzosos á su sustento. V. M. pues oiga estas quejas públicas dadas en voces filiales, que no herirán sus oídos y satisfaciendolas V. M., evitará que sean destempladas, y por lo mismo á V. M. mal sonantes y ocasiones de creer que es ofendido su acatamiento, que le conservarán todos los españoles quando V. M. á ellos el amor que les debe como padre, y la rectitud que como Juez; y asi considere V. M. que un bien empleado tributo es como otro ya exigido, por que jamás vasallo alguno lo negó á su justo Rey. Y V. M. aprovechará quantos dones le presenten sus vasallos, y pechos exija de ellos, acordandose de que Mecenas dixo á Augusto, que el mayor tributo es la economia, hoy desconocida en nuestros exercitos, en que se hace un continuo saqueo de los bienes públicos, y aun se tiene por casi disculpable, como en desuso nuestras leyes económicas; á las que, como á todas las otras, se ha de vigorizar en la guerra, por que su estruendo las ensordece. Asi V. M. sea riguroso en castigar el Peculato que es el robo mas sacrílego á V. M. por que es el de la sangre y corazon de sus vasallos, que mal mantenidos y curados, no conservarán su religion, patria y Rey.

Los españoles, Señor, á los que V. M. tantas veces nombró el Reynado de Carlos Quarto como el de la arbitrariedad y del olvido de las leyes, no tanto lo atribuyen á aquel desgraciado Rey que nos

hizo serlo mas por su ignorancia que por su malicia, como á un ruin válido 20 años sufrido vergonzosamente por aquel tribunal, que aspiraba á ser como un suplemento de nuestras cortes, ó del verdaderamente consejo Real antiguo compuesto de nuestros magnates y obispos, suplantados por sus asesores, que los llamaron ignorantes de la jurisprudencia, por que lo eran de la Romana, y asi incapaces de gobernar, los españoles digo; que vieron que este tribunal que usurpaba el titulo de consejo Real, no usandolo en bien nuestro con desengaños á nuestro inepto Rey, miraron este abandono del bien publico como agrabio á toda España, y tanto el tribunal del público fué rigido en condenar á aquel, que oida la que llamó su apologia, la llamó confesion de haber abandonado á la dureza é ineptitud de un válido todo el bien de España; sin embargo V. M. con tanta indulgencia no solo mejoró su suerte, dandole mas autoridad, condecoracion, y alto dictado, sino que lo arriesgó á que olvidandose de las quejas de toda España por abandonado de él en tantos años, el bien nacional, aumente sus quejas en lo venidero abusando de aquel alto titulo de consejo Real que ya dixe ursupado á los próceres del estado; por que si verdaderamente fuera consejo Real, nombrado por nuestro Rey ¿que bien debieramos esperar de él? ¿Y como no que en todos tiempos no negociase no juntarse nuestras cortes, comicios nacionales, ó todo otro cuerpo representativo? Á V. M. consta con quanto arte y porfia nuestros Reyes fueron autorizando este consejo, al que siempre intentaron dar viso de cortes, en el que él se gozaba como padecia nuestra nacion, que nunca tendrá su felicidad por un consejo que siempre llamará cortesano y nunca nacional.

Así pues V. M. alzando la condecoracion de este no bien llamado consejo Real, dexa al que lo fuere verdadero, en perpetuo contraste que algun dia pudiera contrabalancear por su autoridad aumentada siempre por la de nuestros Reyes, por mas que limitada en la forma de nuestro futuro Gobierno, la del verdadero consejo Real, que es forzoso á nuestra nacion. Esta queja, Señor, no parezca á V. M. producida de una nimia precaucion de males imaginarios, sino justa cautela advertida por nuestra historia y comprobada en los sucesos de nuestros dias. Un celoso patriota y sabio letrado, que cada dia oye V. M. como á tal, dió á toda la nacion un oportuno aviso de que el consejo que hoy se llama Real no fué fiel editor de la ultima impresion de nuestro codigo, sino que subrepticamente extrajo de él leyes muy importantes á nuestra libertad política; operacion que con propiedad llama supercheria, y que con prudencia calla temer que sea repetida por un consejo cortesano que nunca será nacional; y operacion culpable, digo, y no única al publicar nuestro código, por que los varios grados de los preceptos legales, fueron alterados, sin que á los Españoles conste si por un sigiloso mandato de nuestra Corte, ó por una violenta extension de su autoridad. Así pues V. M. considere que no es grata á la nacion tanta indulgencia suya en dilatar la autoridad á un tribunal que no satisfizo sus justas quejas, y al que V. M. dió ocasion de aumentarlas; y tampoco es grata á la nacion la nimia bondad, con que fueron indultados algunos, que le parecieron culpables, y de cuya justificacion duda, aunque los vé en mejor suerte que antes de los que le parecieron delitos suyos. Señor, el tiempo es mas del rigor de la ley, que de la cle-

mencia de la magestad. En uno tan desgraciado la flaqueza es pravedad, y V. M. considere quantos son los que buscan tarde su mano misericordiosa, llamandose flacos, ó imposibilitados de no serlo.

Las quejas que á V. M. llegaron de la Audiencia de Oviedo, aunque tan justas y ya probadas, no movieron la ira de V. M. como esperabamos los que fuimos testigos de su proceder tan contrario al bien nacional. Ella que al punto de recibir los bandos del Duque de Berg, dispuso su publicacion, y con ello irritó hasta amotinarla á aquella fidelissima Ciudad jamas dexó el intento de hacer este servicio á aquel intruso regente por el tirano, y maquinando el desarmamento de Asturias, primera provincia de España, que á mi voz lo resolvió, abusando de la flaqueza de algunos de sus naturales (la que gracias al Señor de los Exercitos no se vió en mi que altamente grité contra tal mengua) logró desarmarla en servicio del tirano, al que luego comunicó su obsequio y al pueblo la pena de la vida al que no entregara las armas, que empuñó á mi voz. Esta vileza tanto mas exêcrable, quanto aquella Audiencia nada habia de temer del tirano, pues que la Provincia se armó de su propia voluntad, fué de V. M. tratada tan benignamente que un solo miembro de aquella Audiencia sufrió la leve pena de ser trasladado á otra, otros ninguna, y uno fué ascendido. Tanta indulgencia, Señor, no es mirada de los Españoles como ajustada á las leyes. El procurador General de Asturias D. Alvaro Florez Estrada, y yo su substituto comunicamos á V. M. tan vil suceso, y siempre clamamos por su castigo exemplar, sin perder la esperanza de que V. M. se lo dé, aunque tambien pedimos á V. M. la vindicta de nuestra Jun-

ta de Asturias, de que somos miembros, ofendida con calumnias á V. M. notorias, y no nos concedió el uso de la ley, que aborrece al calumniador ya probado, imponiendole la pena del talion. Digo á V. M. *ya probado*, pues que le consta que nuestra Junta padeció acusaciones de desobediente á V. M. por que cumplió especiales preceptos suyos, ó por hechos nunca reprobados por V. M., ó por haber dado vigor á leyes nacionales que lo habian perdido por la corrupcion de los tiempos. Esto, Señor, es evidente á V. M. á todos la ley, que castiga la calumnia, y tambien el sufrimiento de V. M. á ella, á pesar de nuestros clamores por su uso, y por la especial de V. M. de que las Juntas provinciales hayan de ser juzgadas forzosamente en su tribunal; y sin embargo V. M. desatendió nuestros clamores que son los de la ley, y tan grave materia como la de la honra de la primera nobleza de Asturias fió á informes secretos los que las leyes aborrecen, y despues de tantos meses de heridos los nobles de aquella Provincia que á V. M. hizo tan relevantes servicios, no se acudió á curarlos ni se dió oídos á clamores que salen por aquellas mismas heridas que les dió la calumnia á V. M. tan palpable: y yo recuerdo á V. M. con tanto dolor como admiracion, que habiendole pedido en 22 de Junio abrirme tribunal, en que probar como miembro de la Junta de Asturias las calumnias del Marques de la Romana, y su ineptitud al mando, mi memorial no tuvo decreto á tan justas suplicas, aunque si á otra; Y tanta indulgencia de V. M. á un calumniador, que produjo, sino que en los ultimos dias por efecto de su nimio sufrimiento, el Marques tiene el de V. M. con agravios que lo son, por serlo suyos,

de toda la nacion, y que sin temer la rigidez de la ley, de la que la mano de V. M. ha de estar siempre armada, de nuevo aquel calumniador infama á mi Provincia, siempre fiel á V. M. y que no menos lo será siempre aunque nunca halle en V. M. la vindicta de su honor, que á V. M. consta ser ofendido por acusaciones que siempre su autor ofrece probar, y que nunca hará ni probables? Pero á tanto atrevimiento lo lleva la nimia indulgencia de V. M. que á las demas Provincias parecerá ofensa de todas, por que lo es de la ley, que habia de asegurarles su honra, y que ven no hacerlo á los Asturianos, que desean que V. M. se la salve, como tantas veces lo pidieron segun la ley ha dispuesto, para no solo su primera nobleza, sino para la infima plebe de todas las Provincias.

Si estas quejas, Señor, de Asturias no penetran hasta el corazon de V. M., las mias personales no molestarán sus oidos, por que como á V. M. dixe, mi buen nombre me acompañará consolandome hasta el ultimo pueblo de España, en que mis buenos servicios, que siempre continuaré á V. M. son conocidos; y aunque V. M. me manda retirarme á Asturias con la mayor brevedad, lo que tanto semeja á un destierro, como yá dixe á V. M. ni alli, ni en otra provincia se creará merecerlo yo, que estoy resuelto á como fui el primero en toda España á combatir contra el tirano, á ser, si la providencia me conserváre la vida, el ultimo en combatirlo en defensa de nuestra religion, patria y Rey. V. M. pues no desdeñe á sus buenos vasallos, que aunque yo me atrebo á decir que siempre lo seré, olvidando serlo sin premio, no todos se satisfarán de la aura popular como de digno premio. Yo, Se-

ñor, que ninguno gozé( por que confirmarme V. M. en mi alto grado no lo parece, quando á otros no menos gracia hizo, y aun los ha empleado en Exercitos, y provincias, quando yo tantas veces pedi á V. M. serlo hasta en el mas infimo grado de la milicia, lo que no logré) y tampoco llamo premio asignarme V. M. la quarta parte de mi sueldo en guerra, habiendo renunciado todas mis rentas en servicio publico; yo pido á V. M. que á los buenos militares se muestre liberal y distinga con honras que los fuercen; digamos asi, á serlo cada dia mejores, guardandoles no solo aquellas promesas que la ley militar ofrece á los hazañosos, sino tambien aquellos fueros que sin perturbar otros, son premios de sus servicios, que no gravan al erario ni ocasionan quejas del militar, del comun, ni otro especial. Yo fui tan desgraciado que quejandome á V. M. de que el Señor D. Carlos Quarto, en los ultimos dias de su Reynado me despojó de mi fuero militar, sin aquellas preparaciones que la ley dispone para disolver una contencion( no trabada en un negocio mio litigioso) V. M. remitió mi queja tan manifestamente conforme á la ley, á la discrecion del consejo Real, que es encargar al fuero comun tan manifesto émulo del militar, que haga justicia contra si mismo, digamoslo asi, pues que injustamente goza del despojo del mio, que á V. M. consta que lo padezco por una de aquellas arbitrariedades del Rey D. Carlos Quarto, que tantas veces V. M. llamó asi. Y no menos consta á V. M. disponer la ley, que por si mismo haya de terminar las competencias, oidos ambos fueros contendientes, y no lo fueron en este negocio mio litigioso, en que fui como desaforado nuevamente y no por mi Rey, al que com-



pete este juicio, segun la ley dispone; con que buscando satisfaccion de un agravio, hallé otro.

Si acaso el acaloramiento de mi patriotismo me llevó á decir á V. M. con sobrado la verdad nunca bastante templada, á los delicados oídos de los Reyes, á los que por desgracia y la nuestra, llega tarde y mezclada con lisonjas, V. M. me escuse por tan noble exceso qual el de patriotismo, y por faltarme modelo que me lo fuera en decir á mi Rey quales son las quejas públicas, y quales sus remedios; y acuerdese V. M. de que á tan respetables príncipes como nuestros Reyes Austriacos, dixeron en no tan arriesgados tiempos, verdades muy severas Marquez, Moncada, Navarrete, Saavedra, Albornoz, y otros insignes varones, que con la solidez de su doctrina y firmeza de su ánimo, deben hoy dia en que nos amenazan mayores males que á ellos, sernos dechados de buenos patricios, que V. M. oiga grato como á ellos sus Reyes. Así séame escusa ante V. M. la lectura de sus sabios consejos, cuya imitacion á mí acreditará de buen español, y su aprovechamiento á V. M. de buen Rey de ellos. Nuestro Señor guarde á V. M. largos años para el bien de nuestra Religion y Patria. Sevilla 31 de diciembre de 1809.—Señor.—*El Marques de Santa Cruz de Marcenado.*

## SEÑOR.

La adjunta puntual copia de un escrito por mí presentado á la Junta Suprema Central, lo es de mi corazon patriótico, de cuya abundancia lo hice, yá que no de la ciencia militar y política. S. M. lo recibió

con grande indiferencia y le dió tal curso que ninguno tuviera, y con razon presumo, que está en manos de nuestros enemigos por abandonado en Sevilla, y ser su efecto aumentar la talla de mi cabeza, y su esperanza de subyugarnos, viendo despreciadas tantas sanas doctrinas militares y políticas. Yo lo repito hoy á V. M. en fuerza de las leyes que me la hacen á decir la verdad á mi Rey, y no por la de la ambicion de mostrarme sabio ó singularmente celoso del bien público. Aquella Suprema Junta, á la que mi natural y sencilla entereza, aunque medida, no fue grata, me mandó retirarme con la mayor brevedad á Asturias; y aunque dos veces oyó mis quejas de la semejanza de este precepto á un destierro, fueron vanas, y así no las repito á V. M., pues que no temo que español alguno me llame digno del destierro, y creyendo que acaso en el, puedo ser útil á V. M. mas que en la ociosidad vergonzosa de la Corte, cuyo dialecto ignoro, y no que en ella la verdad paga la extrangería; pero yo, Señor, antes de cumplir mi destierro paliado, quiero tambien cumplir la obligacion de decir á V. M. qual es el mayor mal público, y qual su remedio, desahogando así mi noble pecho. Este mal es la indisciplina de los exércitos, con la que jamas alguno venció. A la Suprema Junta dixé harto de sus causas; pero á V. M. digo hoy, que jamás en exército alguno indisciplinado se halló mas facil enmienda; por que el que está en esta plaza, y en esa, está como en una prision, en que forzosamente ha de sufrir las leyes militares, si usadas con rigor. Vegecio aconseja que dentro de los muros se restablezca la disciplina; por que en campo abierto la material libertad parece darla al espíritu humano. En ambas

plazas se halla un sin número de militares españoles de varios grados, que no merecen tal nombre, y que examinados por la ley merecen si su vigor. Mande pues V. M. que por ella sean interrogados, y hallará que pocos son los que puedan satisfacerla. Use V. M. de su rigor y temerán los otros ejércitos, de los que son miembros podridos tales indignos soldados, que clamando contra muchos de sus dignos xefes los apellidan traidores, por que no los castiguen siendolo ellos, y corren de un ejército á otro diciendo haber padecido dispersion, llamando así su vil huida. Dispersion, Señor, hoy se llama en España á la fuga, dándole este nombre hasta ciertos xefes, que debieran castigarla como villanía, y nunca bastante, aunque sea tanto el rigor de las leyes contra ella. Hoy por nuestra desgracia se habla de la dispersion de un ejército como de un accidente imprevisto, y de causa ignorada; aunque es obia; por que lo es la indisciplina; y parece concurrir muchos militares á que la cobardía colorida con el nombre de dispersion, no se llame así, ni sufra las vergonzosas penas de nuestras leyes militares. Aquella que hoy se llama tiranica, nunca lo fue, y cuya execucion es forzosa por momentos para corregir la vil huida, que no quiero llamar inexplicable dispersion, es la que ha de dar fuerza á nuestros ejércitos, imputando á los Comandantes de nuestras tropas sus faltas; pues que manda que su desobediencia no sea á sus comandantes escusa de ellas. Esta sabia ley lo es tanto mas quanto le preceden otras, que tambien lo son, mandando dar muerte al fugitivo, al tumultuario, y al que habla descorazonado; leyes que si fueran cumplidas harian vana la de imputar al comandante todo hecho culpable de.

sus tropas. Executela pues V. M. en él, y con tanta mas razon quanto es su deber de cumplirlas todas, y asi su rigor sufralo antes el oficial, que el soldado, que viendolo en aquel, no lo merecerá. Yo repito á V. M. que jamás se vió Principe alguno forzado á usar de mayor rigor, por que si tal no hiciere, perecerá España; ni en mayor oportunidad de hacerlo facil y provechosamente; por que acogidos en ambas plazas tantos militares de varios Exercitos, á todos se da escarmiento con el que en ellas se hiciere y reducidos á severa disciplina los cuerpos, que se hallan en este, V. M. luego los cambie con otros de los demas Exercitos y los de este vayan á ellos á ser dechados de disciplina y á dar mano fuerte á sus comandantes para que la establezcan en todos. Siempre clamaré á V. M. como afirmé á la Suprema Junta Central que sin la disciplina jamas vencerá, y que á los Exercitos ó se ha de temer ó dar temor, y que sin él no nos lo tendrán nuestros enemigos. Pero tambien digo á V. M. que tanto mas asegurará la disciplina, quanto el buen sustento, vestido, y calzado de sus tropas, sin los que no la sufrirán, no cumpliendo V. M. el contrato militar con sus vasallos; mas para ello destierre V. M. un grave error, que en sus Exercitos por ciega y servil imitacion à los franceses se introduxo, qual es, el de dar à la soldadesca tapa de carne fresca y vino, desterrando así de nuestra nacion la frugalidad, por la que tanto nos temian otras, que la veian contenta y robusta sustentandose de legumbres y tocino; y admira que los que asi no supieron alimentarla, la hayan dado ocasion de quexa, no siendolo con delicadeza, como es al Español la carne fresca y vino diario.

No repito á V. M. tantos males y sus remedios, como en vano dixe à la Suprema Junta Central; pero si que se agravaron despues de mi escrito, y que reconozco ser nuevo acaso el mayor que padece, España, el que V. M. tiene à la vista, y al que quizá dió ocasion por su nimia bondad, y del que ni el tiempo ni el lugar me permiten demostrarle la gravedad, ni indicarle las graves consecuencias, que amenaza, pero si recordarle que el mayor politico del ultimo siglo dixo que el oro y la plata no son la virtud y la ciencia, y que el honor y la gloria solo son debidos á los que combaten por ellos y á aquellos ministros y magistrados celosos custodios de las leyes. Yo pido á V. M. que medite esta sabia doctrina, que será la opinion de 24 millones de Españoles, que respetarán el sabio gobierno de V. M. y ningun otro. Tampoco me es permitido callar á V. M. que á la suprema Junta Central clamé tan en vano como vigorosamente por el castigo de la Audiencia de Asturias, positivamente infiel á su Rey, pues que desarmó aquella provincia, la primera, que á mi voz en España empuñó las armas por su Rey, y que á sus habitantes las arrancó de la mano este cuerpo desleal, amenazandoles con la muerte à no entregarlas; todo lo que à V. M. constará facilmente y le repito pidiendole su castigo como Procurador General substituto de Asturias y no menos constará à V. M. que por haberle servido con tanta fidelidad, siendo yo el primero armado en España en su servicio, està mi cabeza puesta à talla, y asi en grave riesgo, qualquiera que sea mi viage á Asturias el que intento por mar y que se dice infestado por corsarios enemigos, que cumplirian en mi la proscripcion: por lo que y por no tener yo.

caudal para tan largo viage, por haber renunciado mis rentas en servicio publico, pido á V. M. que me conceda y á mi familia pasage franco en el primer buque de su marina que parta á las costas de Asturias ó de Galicia; ya que por la orden de la Junta Suprema Central voy á cumplir mi paliado destierro á mi patria Asturias. Cadiz 28 de Marzo de 1810.—Señor—*El Marques de Santa Cruz de Marcenado.*

## SEÑOR.

Las leyes naturales y civiles me mandan decir á V. M. la verdad como su buen vasallo, amenazandome con la infamia de desleal, sino se la digo cumplida. Obedeciendolas, representé á la Suprema Junta Central varias observaciones mías de sus desaciertos militares, y no pocas quejas públicas de los políticos y económicos. A V. M. los repetí en fin de marzo diciéndole, que S. M. las recibió con grande indiferencia, y les dió tal curso, que ninguno tuvieran. Clamé juntamente á V. M. por el restablecimiento de la disciplina, afirmándole, que sin ella perecerá España, y no parece que V. M. oyó mis clamores; pues que ni me lo dixo, ni corrigió la indisciplina, contra la que tanto los alcé, haciendole palpables los males de nuestra corrupcion militar, sus causas y remedios que tambien lo son. Las leyes, Señor, no callan, y por ellas tampoco yo. Sus preceptos, que cumplo como fiel esclavo de ellas, contienen otros implícitos preceptos á V. M. de oír con atencion, agrado y provecho á sus fieles vasallos. No le repito, que á la Suprema Junta Central, mi natural

y sencilla entereza, aunque mesurada, no fué grata, y que tal vez ocasionó mi paliado destierro á Asturias, con el que me honró mas que me castigó, por mi severidad, que algunos llamarán desacato á la Soberanía, y no es, sino fidelidad á ella, por mas que digan los que se llaman respetuosos, y les son desleales por cobardes. Yo, Señor, á todas horas oigo los clamores de las leyes y los levanto á V. M. porque creeria pecar contra ella y contra la divina, si tal no hiciera. Dígnese pues V. M. de oírlos un momento, feliz para España, nuestra digna madre, de la que siempre seré amante y respetuoso hijo, buscando á todo trance su bien. Y como veo, que el silencio de V. M. á tantos gritos que por él le dí, y á la Suprema Junta Central, no son oídos, por los de mi conciencia, honra y amor filial no cesaré en ellos. Veo, Señor, tambien en el decreto de V. M. de cesar todos los otros negocios que los militares, no considerar bastante fuerza en las leyes de ellos, pues que cesan todos los demas por ocupado en ellos solo. Aunque las leyes militares no estan en todo su vigor, es tanto, y tan reciente su relaxacion, que en breve tiempo y por pocos exemplares castigos en sus transgresores, lo recobrarán (y segun ellas no puede ser racional sin el asenso explícito, ó implícito del Príncipe; y V. M. ni uno ni otro le dará jamas). Diga V. M. con firmeza de ánimo, valgan las leyes militares, y ya venció España; porque la Suprema Junta Central repitiéndolas y aumentándolas, las enervó. Las leyes, Señor, quando no verdaderamente prescribe contra ellas su desuso, al punto y quanto antes se refuerzan castigando los que lo pretenden, y mas que repitiéndolas con nuevas amenazas no cumplidas, las que antes las enervan. Yo, Señor, hartó dixé á la Supre-

ma Junta Central y repetí á V. M., no queriendo parecer infiel, con aleve silencio. Guardenlo para su mal, y el público los cuerpos nacionales, que á V. M. callan la verdad, siendole así infieles á pesar del dictado, que tanto los honra, é impone especial obligacion de decirla á su Rey, que yo por no ser desleal al mio, siempre alzaré el grito de un buen patricio contra la inobservancia de las leyes, que hoy amenaza destruir á España; en la que es conocido mi amor á ella, y no el temor cortesano con el que ofenderia á V. M., y yo ninguno he de tener, que recibiera estos mis altos clamores por ellas como ofensa del respeto que se le debe: pues conoce que, sin tenerlo á nuestro código, vacila el que á V. M. es debido. Yo pues que no sé distinguir el que á él y á V. M. debo, pareciendome uno mismo, clamo por la firmeza de las leyes, sin la que me considerara ya esclavo del tirano, y no de ellas como me profeso. Así pues repito á V. M. mis observaciones militares, y quejas públicas mal satisfechas, recordándole, que se las renové al fin de marzo, desde el que no veo mejorada la disciplina por exemplares castigos, que á V. M. pedí, y que lo fuesen tanto, y mas graves en los mas graduados militares, y así mas culpables. La benignidad, Señor, con ellos es mas que rigor con los buenos patricios, ansiosos de conservarse tales, de España, por cuyo bien siempre clamaré á V. M., como por el de mi buena madre, cuyo fin amenaza, si V. M. no presta oidos á los gritos que por ella le doy. No creo posible, Señor, que contra el axioma militar de que nadie vence sin disciplina, V. M. dexé de oír mis clamores, que siempre serán tan altos como los de las leyes que me los dictan. Oigame pues V. M. contra su último indulto, que mas es un efec-



to de su corazon paternal, que de la necesidad, en que tan malignos tiempos pone á un legislador de serlo rígido. En él V. M. llama á si los hijos descarriados por las vanas promesas, con que nuestros enemigos lisongeaban sus pasiones, ó por la nimia dureza de la vida, á que los forzó la ignorancia de otros en casi violentarlos á la fuga, por mal dispuestas las acciones militares, ó por la de aquellos, que creyeron captar el animo de la soldadesca, lisongeandola con la relaxacion de la disciplina. La frecuencia, Señor, de los indultos la hace como impune; y de ello tenemos experiencia por tantos publicados en los frecuentes partos de nuestra última Reyna, y en otras ocasiones de regocijos nacionales, en los que dando soltura á los reos, que no parecian malignos, vimos multiplicarse los delitos, agravándolos aquellos, que ya perdieron su rubor por acusados de ellos, y mezclandose en las carceles con delinquentes graves, que los preparaban á serlo; y asi se vió, que el indultado por leve delito, luego lo cometió grave. No espere pues V. M.; que el que abandonó la Patria quando á su llamamiento parece reconciliado con ella, sea su denodado defensor. Los Romanos, Señor, ni perdonaban á los forzosamente rendidos al enemigo (porque á ninguno de su República creian en tal necesidad, y sí en la de morir antes) quanto y menos á los viles desertores de su Patria; pero ya que V. M. no use tanta rigidez con la soldadesca, guardela con la oficialidad, tanto mas culpable en su villania, quanto son los grados, en que le excede su obligacion de lealtad á la Patria; asi pues V. M. restrinja su indulto, quanto á los oficiales, de los que ningun servicio ha de esperar, sino que repitan su vileza. ¿Que importa á España, que cien malos caballeros (que

yo en este numero computo el de los oficiales desertores) no vuelvan á ella, no digo ya á servirla, sino á tenerla en continua sospecha de su deslealtad? Si V. M. manda exâminar su anterior porte, hallará el de casi todos que ya indicaba su villania. V. M. pues muestrese severo, y aun diré que vengativo de estos ruines caballeros, que quanto en ellos està, prostituyeron su madre la Patria à las violencias del tirano: y si posible fuere, muestrese V. M. mas que vengativo de aquellas personas, que obligadas de nuestros Reyes con las muy gratuitas dignidades, de que eran indignos, olvidaron tantas mercedes, que en ellos debian llamarse Enríqueñas. Digolo, Señor, por las personas de O-Farril, Azanza, Urquijo, Caballero, y otros tales, en los que jamas español alguno vió la virtud, no digo cristiana, que es la verdadera, pero ni la política. Si á tales ruines permitiere V. M. venir á España será para que su vulgo faltando á los términos de la justicia, la haga, despedazando á estos viles, increpando así á V. M. no hacerla en ellos. Yo, Señor, hablo à V. M., segun el dictamen de mi corazon, que es el de poner á muy alta talla las cabezas de estos facincrosos, y no darles V. M. indicio de perdonarles ni en sus generaciones venideras, que deben ser infames. Esta, Señor, es la ansia de toda nuestra nacion, en la que tan viles personas no son condecoradas, ni por los nombres heredados de sus padres, ni por los que ellos mismos adquirieron. España, Señor, fué dichosa en ver en esta revolucion, que casi ninguna persona de sus primeras familias le fué desleal; y así ni esta causa, que en mi consideracion jamas bastaria à un indulto tan contrario al espíritu público, obra en favor de estos traidores. Alguno dirá à V. M. convenirle llamar á si à O-Farril,

dandole de valde singular ciencia militar; yo Señor, pido à V. M. que cierre los oídos à este mal formado concepto de un General, que lo fué por exáltado su mérito del que tampoco lo era, y solo por mera gracia de nuestro Rey Carlos III. O-Farril, Señor, es un hombre de largo estudio militar, pero no de ingenio bélico, y sin duda que V. M. hallará en España muchos mejores militares practicos. Hablé, Señor, à V. M., ó mejor diré, le repetí los recelos de los españoles de que entre ellos se mezcle uno que no lo es castizo, y probado traidor si, y tengalos V. M., le repito, de que el vulgo español se arroje à despedazar un hombre, que no permitirá que sea parte suya, como parece amenazarle la última clausula del indulto, que lo daà todos los españoles, que por seduccion hayan tomado las armas contra su Patria. Si pues à estos, dice el público, alcanza el mas que benigno indulto, lo gozaràn por mayoría de razon aquellos solo traidores en el consejo al enemigo de su patria; asi en buena razon discurren los que la aman y por tanto aborrecen à sus enemigos, que jamas volverian à serle fieles hijos: yo, Señor, arrebatado del zelo patriotico à muchos lisongeros pareceré, quando no irreverente à V. M. importuno en repetirle males, que el silencio de V. M. indica no llamarlos así; pues que si en su concepto lo fueran, al punto dexarian de serlo, ya que le demostré, que un acto solo de su voluntad sobra à destruirlos, haciendo felices à 24 millones de Españoles. ¿Pero, Señor, es posible, que V. M. no llame mal à la inobservancia de las leyes militares, politicas, economicas, y à la corrupcion de costumbres? ¿Y como V. M.; no digo no me ha de soportar tan generosos gritos como contra ellos doy, sino dexar de oirme como à un

¿el vasallo, que al vocear contra los males publicos parece que arroja su corazon llagado por ellos? Yo protesto ante el Rey de los Reyes, que á ellos y á los vasallos ha de juzgar, que con fidelidad aconseje al mio, sin tener, como tantos cobardes dirán contra mi para no parecerlo, otro intento, que el bien de nuestra Religion, Patria, y Rey, como ni lo tuve en armarme el primero en España, que ocupa todo mi corazon, que manifiesto á V. M. y á mis compatriotas, ante los que me justifico. V. M. pues me oiga benigno; y yá que no hablé á V. M. con sabiduria, reconozca, que si de la abundancia de mi corazon, lleno de amor patrio. Cadiz 25 de Mayo de 1810.—Señor.—*El Marques de Santa Cruz de Marcenado.*

## SEÑOR.

Mi corazon, en que siempre vió V. M. rebosar el amor á nuestra santa religion y tierna patria, rebosa hoy tambien el gozo de ver á V. M. que las ama, tan solemnemente resuelto á defenderlas representando á la gloriosa España nuestra cara madre, y representandola tan de voluntad de ella misma, que ni á la razon ni á la sofisteria ni á la malicia da lugar de ponerla en duda la tan legal celebracion de las Cortes Españolas, que tanto bien nos ofrecen, como debieran habernos hecho, y olvidaron los tres ultimos Gobiernos del interregno de nuestro tan infeliz como amado Fernando VII. Digo, Señor, que ni á la razon ni á la sofisteria ni á la malicia no es posible dudar sobre la legitima soberania de V. M. que ya para su gloria, la nuestra, la de nuestros nietos y su perpetuo bien, lo declaró así á pe-

sar de algunos publicistas romanos; que ~~con~~ había  
 vén haber tantos Españoles que en la congregación de  
 ellos hallan la verdadera soberanía y Magestad origi-  
 nal, ni tampoco es posible dudar ser justa la es-  
 peranza nuestra, de que por ella nos conservará los  
 mayores bienes, quales son la verdadera religion y  
 la verdadera libertad. No así fué en los tres Gobier-  
 nos que tan imperfectamente representaron la sobe-  
 ranía de nuestra nación, que luego vió, no ser acer-  
 tada su elección, y desvanecidas sus esperanzas, por  
 las que nombró sus representantes en la Suprema  
 Junta Central; los que olvidados de serlo, y de la  
 merced que en ello recibieron del pueblo Español  
 luego se le mostraron ingratos, negándole la auto-  
 ridad de remudar sus vocales, intentando al pa-  
 recer formar una como aristocracia personal que  
 gobernase á España, durante el interregno de nues-  
 tro amado Fernando; que solo por una extraordinaria  
 providencia había de recobrar su monarquía, no ayu-  
 dándole á ello tan desalumbrado Gobierno, que  
 ya conoció serlo, y para remediar tanto mal, for-  
 mó el segundo Gobierno, que así llamo su cuerpo  
 ejecutivo que ni corrigió su tardanza en obrar, ni  
 su desacierto en resolver. Aquel primer Gobierno,  
 que se llamó desgraciado por que los Españoles se  
 dixerón infelices baxo él, resistió tan osadamente  
 al derecho de las Provincias de remudar sus dipu-  
 tados, demostrandolo ellas tan claramente, y su vo-  
 luntad de hacerlo algunas; creyó en si la facultad  
 de mudar el Gobierno de nuestra Patria, que no  
 le había dado tanta, y vergonzosamente perturbado  
 por la no repentina irrupcion de los franceses en An-  
 dalucia, forzosa y siniestra consecuencia de su de-  
 sacertado Gobierno; nombró el tercero nuestro, que

así puede llamarse el Consejo de Regencia, que tampoco mereció tal nombre, no sabiendo la Suprema Junta Central conservar el suyo ni por fuerza ni por arte, por el espacio de 26 dias desde el 2 de Febrero en que se instaló, hasta el primero de Marzo la mal llamada Regencia, compuesta de cinco personas, no todas aprobadas por la ley, ni por la opinion publica, y que, á pesar de ambas, y de la desgraciada experiencia de males que pudiera evitar á España, hoy la vé con dolor, ser como la espada de V. M. y su brazo derecho aunque espada, bota y brazo paralitico, hasta el primero, digo de marzo, al que estaban aplazadas las Cortes, que la Suprema Junta Central habia reconocido y publicado ser necesarias y deseadas por la nacion, y que sin embargo á pretextos frivolos dilató largo tiempo; siniestro exemplo á la Regencia, que apenas en exercicio, publicó su dilacion intentando justificarla, diciendo mal, estar sitiada la Isla de Leon (lo que no diria militar alguno, ni hombre cuerdo) á la que estaban emplazadas; y que la grito y el estrepito de la artilleria del enemigo perturbarian los animos de los Españoles diputados á hacer el bien de todos ellos; escusa futil y aun á todos los Españoles vergonzosa, acordandose de que tal vez sus abuelos imperturbables celebraron Cortes en la frontera de la morisina, á cuya grito respondian con el alarido militar Español, alternando su espada y pluma. Yo, Señor, no temo que V. M. me llame ni injusto ni vil acusador de estos tres desgraciados Gobiernos, que tanto nos hicieron serlo, que acusé en su propio tribunal. Aellos mismos probé quanto lo eramos por sus errores, como V. M. verá en esos escritos que reproduzco á V. M. como demos-

traciones de que en mi jamás se desmintió mi carácter moral de amante campeón de la verdad, ni el civil de titulado de Castilla, consejero nato de sus Reyes, ni el militar de Capitan General de combatir el error en la Corte como al enemigo en la campaña. A los tres últimos Gobiernos dije la verdad sin temor de ser mal oído, aunque debiera tenerlo, lo fui, y por ella desterrado á Asturias, mandandome retirar á ellas con la mayor brevedad, sin darme ocupacion alguna, militar, politica, ni economica, lo que es como una degradacion creyendo excusar esta violencia con las suposiciones de haber cesado el Exercito de reserva, al que dixo, estar yo destinado; ambas muy arbitrarias por distantes de lo cierto; pero yo que casi puedo llamarme obstinado en repetir la verdad á mi Rey, en uno de esos escritos dije muchas á mi parecer utiles á la Junta Central, que tan imperfectamente lo representaba, y no tuve otra satisfaccion á mi celo, ni logré otro bien á mi nacion que decirme sus representantes haber recibido mis reflexiones militares dictadas del buen celo; por lo que se entiende en España, no contener mas que él, y no otra buena calidad, y decirme tambien que S. M. las remitió á su secretario de guerra para que de ellas hiciera el uso que pareciese conveniente; pero como no le dió autoridad á ello, fué privarlas del util que pudieran tener quando leidas por algunos Españoles celosos; por lo que intenté estamparlas aqui, lo que no me fué permitido. Asi pues quando esperaba aprobacion de mis avisos, fui zaherido por ellos. Pero la Suprema Junta Central no digo, hizo aprecio, pero ni mencion de otras reflexiones mias politicas y economicas, que apreciaron algunos cuerdos como utiles á enmendar tantos ma-

les nuestros. Las repetí á la Regencia, aunque viendo quan en vano presentadas á la Suprema Junta Central su madre, tan desventurada ella en serlo como nosotros en la hija, añadiendole yo altos clamores contra la indisciplina militar y claras demostraciones de la facilidad de extirparla y de que sin hacerlo, jamás venceremos; pero en su consideracion tan en vano fué mi celo como en la de la Junta Suprema, y ni aun me dixo haberlas recibido, como ni ese otro escrito, en que se las repetí; y ademas clamé contra el indulto á los viles desertores. Yo sin embargo siempre acalorado en el mismo celo de mi religion y patria, alcé mas y mas el grito contra tantos males que hoy aquejan à España, unos como heredados de los Gobiernos de nuestros dos últimos Reyes, ó mejor diré, de los desgobiernos de sus ministros y validos; otros causados de la ignorancia à que en cierto modo por su mal creida conveniencia nos forzaron, otros de la corrupcion de los últimos tiempos y turbulencia de los presentes, y todos como ocasionados por vergonzosamente sufridos de los tres Gobiernos del interregno, cuya floxedad en castigarlos se puede llamar connivencia á ellos; pero yo levanté tan alto grito contra profundos males, que V. M. conoce serlo gravísimos, y amenazar próxima muerte à España, si V. M. no estiende su paternal brazo armado del caustico y cuchillo à curar tan profundas y ulceradas llagas, mortales de necesidad, si tan poderoso, atinado y amoroso brazo como el de V. M., no acude à su remedio. A V. M. son palpables tan mortíferos males que así amenazan al padre como à los hijos, que esperan de él la curacion aunque dolorosa, por cortar miembros, para salvar el tronco. V. M. conoce que el mayor de todos es la indisciplina militar, que de



los exércitos hace quadrillas de salteadores, y greyes de hombres; pero tambien conoce V. M. que como dixe à la Regencia, jamas Principe alguno se halló en tanta necesidad de corregirla, pero tampoco en tanta facilidad de hacerlo. Creo, Señor, que es tanta que sin derramar una gota de sangre española se repondrà la disciplina de nuestros exércitos, porque ademas de lo por mí dicho à la Regencia que despreció sin duda por paradoxa esta mi afirmacion de la facilidad de enmendar tan grave mal, hoy digo á V. M. que es mayor que la por mí dicha á la Regencia, porque (pido á V. M. que se digne atender à esta sola reflexion) los oficiales de hoy son en no leve parte por la indiscrecion con que los tres últimos Gobiernos aumentaron nuestros exércitos, hombres que apenas gozan otro lustre y hacienda que los à ellos dados por sus empleos ¿y si V. M. los priva de ellos por un proceso sumario que asegure la justicia, y aun solo les suspende sus empteos, dilatando restituirselos, quando son vivos los indicios de sus delitos, que gozarán? Al mas corrompido español es suficiente castigo esta privacion de sus grados y aun la sola suspension de ellos. V. M. pues mude el que hasta aqui á muchos pareció orden de castigar los delitos militares, comenzandolo por la soldadesca, y hagalo por la oficialidad, tanto mas culpable, y menos arriesgado su castigo; porque por otra desgracia nuestra la soldadesca no ama ni respeta á su oficialidad, y asi sufrirá el castigo de ella, sino con gozo, con indiferencia, aprendiendo en el à no merecerlo, y sin duda que V. M. lo haria con riesgo de que la soldadesca usase su tan mas poderosa fuerza fisica. Asi pues dixe bien à V. M. que sin derramar una gota de sangre española corregirá la indisciplina de sus exércitos castigandola, has-

ta en los oficiales mas graduados, y sin usar de los ápices procesales, pero sí guardando la justa indagacion de los delitos para que lo sea su pena, y quando ellos sean verisimiles ó vivamente indiciados, castíguelos V. M., digo prorogando à sus autores la suspension de los empleos; que es como un presidio á los plebeyos por un crimen capital no cumplidamente probado; que así los oficiales cuidarán de afirmar la disciplina en las clases à la suya inferiores; V. M. pues se digne de parar su mente á estos mis avisos que en todos tiempos aquietarán mi espíritu y afirmarán mi buen nombre, pues que oportunamente clamé à V. M. como á los tres últimos Gobiernos, quan necesario y quan facil es restituir la disciplina á nuestros exércitos, que con ella forzosamente han de vencer, y sin ella ser vencidas; y por tanto esclava España.

Si hubiese de decir á V. M. quantos males padece España y ponderarlos debidamente, antes fatigaria la benigna atencion de V. M. que desahogase mi noble pecho diciendole tantos, que la angustian. Repito pues solo á V. M. los dichos à los tres ultimos Gobiernos y hagolo con la esperanza de un buen hijo á un tierno Padre, y así solo pido al mio que cargue la consideracion sobre lo que supliqué á la Regencia lo hiciera de aquel agravio á toda España hecho por los alumnos de Mercurio, que no lo son ni de Ceres ni de Marte, en cuyo obsequio la misma Regencia publicó decretos tan distantes del buen juicio como de la buena politica, quales son, à no engañarme la memoria, que su Ciudad largo tiempo há debia ser considerada como verdaderamente sitiada, y sus mal aquadrillados vecinos como sirviendo en nuestros exercitos, aunque aquel sitio no cabe en la posibilidad moral, ni aquellos

tropeles ofrecen jamas ser tropas. Favores injustos á los que no los ganaron, y agravios á los buenos Españoles que tan de otro modo mostraron serlo, y que les ocasionaron ver usurpada en aquella Ciudad alguna parte de la Soberania Española por aquellos cosmopolitas ó ciudadanos de todo el mundo, que asi llamo á los no hacendados, que solo lo son en su libro y bolsa. Perdoneme V. M. este acaloramiento como á un buen hijo suyo, al que es insufrible el agravio á su padre, del que tambien participa.

Tampoco me es posible no repetir á V. M. mis gritos contra los mal distribuidos premios á los indignos de ellos. Mi oficio no es el de denunciador publico; pero mi naturaleza es de Castropol, y mi natural el de amante de la verdad y de la justicia que anhelo á mis compatriotas, y por ello pido á V. M. que exâmine las gracias de los tres ultimos Gobiernos á no pocos á que debian castigos: ¿que buen Español verá sin dolor medrados algunos que fueron sus enemigos, siendolo de su patria? V. M. hallará serlo algunos que con su persona sirvieron á la del Principe de Berg ó del falso Rey José I á otros que muy de su voluntad parecieron en Bayona á prestar homenaje á nuestro tirano, aunque veian que no pocos buenos Españoles por no cometer tal felonía arriesgaban su hacienda y vida; dandonos gloriosos exemplos de los que apenas tuvieron el premio en la alabanza del publico, viendo este que tantos viles obsequiadores del tirano parecian premiados por serlo, y así no heroycos los que ante él no doblaron la rodilla, ni baxaron la cerviz. Señor, las mercedes Enríqueñas, solo por ser flaquezas de aquel Rey, fueron exâminadas con rigor y declaradas nulas. Las de nuestros tres últimos Gobiernos á aquellos indignos es-

pañoles sean exâminadas con mas rigor, porque pasan de flaquezas y llegan á crasísimas ignorancias; y no lleguen à la noticia de nuestros nietos con vergonzosa memoria nuestra; de unos por haberlas hecho, y de otros por haberlas sufrido. La voz pública, Señor, es de gran precio en nuestra legislacion, y sea à V. M. un proceso sumario de las personas que ya ella condena, y que V. M. consumará facilmente. Yo hablo á V. M. de la abundancia de mi corazon lleno de el amor á mi Santa Religion, y à mi tierna madre España; y V. M. se digne de oirme con el mismo espíritu, y de apartar de mis ojos hombres viles premiados, como buenos. Sea á V. M. exemplo el infame D. Baltasar Arguelles, hoy Comisario Ordenador, contra el que noticioso yo de que iba á serlo nombrado por la Regencia, clamé á ella para evitar tan grave error como Procurador general substituto de Asturias segun el poder antes presentado á la Junta Central, á la que pedí que este malvado, en el que están probados los delitos de peculato y calumnia, fuese condenado por ellos, y á mi súplica fué preso en Sevilla y mandado presentarse á la Audiencia de Oviedo para oir su sentencia, y sin embargo de estos tan justos clamores míos á la Regencia, de constarle tan escandalosas verdades, y de ofrecer yo nuevas pruebas de ellas, en el mismo momento en que las pronuncié, fué el vil Arguelles hecho Comisario Ordenador con escándalo de todos los á el no semejantes. Me es doloroso poner ante V. M. otro suceso que tambien lo es á los buenos españoles, qual el Consejo de guerra celebrado en Cadiz en 28 de mayo antepenúltimo, á cuyos vocales la Junta Central y Regencia mostraron, ó no haber entendido su malicia, ó nimia bondad y á algunos hicieron repetidas gracias que irrita-

ron á los buenos españoles. Pudiera presentar á V. M. otros muchos escandalosos exemplos de indignos tratados como benemeritos de la patria, en todas las primeras profesiones, pero los callo por no ser prolixo, y por facil á V. M. la noticia cierta de ellos; pero no puedo callarle la injusticia que á la provincia, de que soy Procurador General Substituto, hicieron los ultimos gobiernos á los que mi principal y yo clamamos por la vindicta de su honra y solo repetiré á V. M. algunas de mis quejas á la Junta Central contra la calumnia del Marques de la Romana, diciendole al fin del ultimo año.....*De nuevo aquel calumniador infama á mi provincia siempre fiel á V. M., y que no menos lo será siempre, aunque nunca halle en V. M. la vindicta de su honor, que á V. M. consta ser ofendido por acusaciones que siempre su autor ofrece probar, y que nunca hará ni probables: pero á tanto atrevimiento lo lleva la nimia indulgencia de V. M. que á las demás Provincias parecerá ofensa de todas porque lo es de la ley, que habia de asegurarles su honra, y que ven no hacerlo á los Asturianos, que desean que V. M. se la salve como tantas veces lo pidieron, segun la ley há dispuesto, para no solo su primera nobleza sino para la infima plebe de todas las Provincias.....Esto, Señor, es evidente á V. M. á todos la ley que castiga la calumnia, y tambien el sufrimiento de V. M. á ella á pesar de nuestros clamores por su uso, y por la especial de V. M. de que las Juntas Provinciales bayan de ser juzgadas forzosamente en su tribunal....*Estas justas quejas, tan conformes á la verdad y á la ley, aumentó la Junta Central que no las respetaba, y si parecia temer al Marques de la Romana, mirandolo como á un indicado dictador, ó por usurpacion ó por aclamacion

popular, aunque debiera conocer no hallarse en él calidad alguna de las necesarias á tan grave cargo, y en su obsequio como en agravio de la verdad y de la ley, dispuso terminar tan grave negocio que fió á los informes del teniente general Don Antonio de Arce, y al Regente de la Audiencia de Cáceres, los que se apresuraron á dexar á Asturias luego que penetraron en ella los enemigos, aunque el primero era su capitan general, pero no así se apresuraron á presentar á la Regencia sus informes, que presumo apasionados por contrarios á las instrucciones con que la Junta Central les mandó recibirlos, como á la Regencia tiene demostrado mi principal, y que estos comisionados cooperaron á la calumnia de Romana, y que obrando en el mismo espíritu que la Junta Central, acrecentaron las justas quejas de tantos buenos caballeros como á la Regencia constó. Este es otro exemplo de los mal distribuidos premios contra los que alzo generosamente el grito, por que enmarañar tan escandalosa causa como la maligna acusacion del Marques de la Romana á la Junta de Asturias, es como premio de sus imaginarios servicios á nuestra patria, que pregonó la Regencia, á la que debia constar no tener otra verdad que la á ellos dada por venales diaristas.

Así pues suplico á V. M. como Procurador General substituto de Asturias, que á su Junta, de la que fui miembro, disuelta por el Marques de la Romana á costa de tantas calumnias á los buenos y agravios á las leyes, abra tribunal en que ser oídos para probar ser calumniador su artifice, lo que espero de V. M., protector de la verdad y de la honra de los benemeritos.

Tambien suplico á V. M. que segun tantas ve-

ces pedí en vano á la Junta Central y Regencia, como Procurador General substituto de Asturias, que su Audiencia sea castigada conforme á las leyes, como formalmente infiel á la Religion y Patria en desarmar aquella provincia en positivo obsequio del tirano, del que nada debiera temer, pues que de su voluntad empuñó las armas á mi voz.

V. M., Señor, se digne de oír con agrado á este su fiel vasallo que siempre le probó serlo tanto, y que contento de ello solo pide á V. M. su amparo á nuestra religion y patria que ame de todo su corazon como, Señor, *El Marques de Santa Cruz de Marcenado*.—Coruña 24 de octubre de 1810.

---

Excelentísimo Señor.—Consecuente á la representacion de V. E. de 12 del corriente mes, se ha servido S. M. señalar á V. E. el sueldo de treinta mil reales al año, sobre la tesoreria, ó pagaduria de Asturias, en donde deberá V. E. cobrarlos, retirandose á aquel Principado á la mayor brevedad, mediante á haber cesado el ejército de reserva á que se le habia destinado. De Real orden lo aviso á V. E. para su noticia y cumplimiento. Dios guarde á V. E. muchos años. Real Alcazar de Sevilla 26 de noviembre de 1809. Cornel. — Sr. Marques de Santa Cruz de Marcenado.

---

Excmo. Sr. — Con esta fecha paso al Sr. D. Antonio Cornel el papel que V. E. ha presentado haciendo las reflexiones militares que le ha dictado su zelo, á fin de que se haga de ellas el uso que parezca con-

veniente. Y de Real orden lo digo à V. E. para su gobierno. Dios guarde à V. E. muchos años. Real Alcazar de Sevilla 6 de Enero de 1810=Pedro de Rivero=Señor Marques de Santa Cruz de Marcenado.

---

Señor=El Capitan General Marques de Santa Cruz de Marcenado, Procurador General substituto del Principado de Asturias, segun el poder ya presentado, respetosamente à V. M. expongo: Que por publica voz y fama sé que Don Baltasar Arguelles fue nombrado, aunque no creo que por V. M., Comisario Ordenador de sus exércitos. Contra este tan ruin hombre en el que estan probados los delitos de peculato y calumnia, pedi à la Suprema Junta Central que fuese restituido preso à Oviedo de donde huyó por la prision que le estaba decretada por calumniador, á sufrirla aliidando escarmiento donde dió escandalo; habiendo tambien concurrido segun la voz pública, en gran parte á los disturbios allí ocasionados por el mismo, que para ellos buscó en Galicia y dió hospedage en su casa de Oviedo: y como este hombre conocido de muchos como aqui mismo probaré por un malvado, no es digno de servir à V. M. en sus exércitos sino en sus presidios. = Suplico á V. M. que no permita que tal malvado sea empleado en su servicio, sino que disponga que cumpla la sentencia que entendi de ser dirigido al Regente de Oviedo que lo juzgue segun mi anterior queja.=Tambien suplico à V. M. que atienda á la peticion que le hice à mediados del último mes, de socorrer à mi provincia Asturias con caudales, víveres y demas, sin los que no es posible que continúe à V. M. tan relevantes servicios, como has.



ta aquí y siempre anhela. Tal espero de la beneficencia de V. M. Cadiz 9 de marzo de 1810. = Señor. = El Marques de Santa Cruz de Marcenado.

D. Francisco Maria Solano Ortiz de Rozas, Marques del Socorro y de la Solana, Conde y Señor del Carpio, Señor de Quintanillas y Casa del Hito, Maestrante de la Real de Sevilla, Caballero de las Ordenes de Santiago y San Juan, Teniente General de los Reales Exercitos Gobernador y Capitan General del Exercito y Provincia de Andalucia, Gefe de las Juntas de Sanidad de ella, Presidente de la Real Audiencia de Sevilla, Gobernador Militar y Politico de la Plaza de Cadiz, Intendente Subdelegado de Rentas Reales en esta Provincia Maritima, Miembro de la Academia de San Fernando de la Sociedad Cantabrica y de la de Amigos del Pais de Truxillo &c.

Provincia de Andalucia: Para resolver con mas maduro consejo sobre las ocurrencias actuales y agitación de muchos Pueblos de la Provincia, y singularmente de su capital Sevilla, convoco al Señor..... y todos despues de haber meditado y conferenciado de comun acuerdo, hemos acordado hacer saber á Sevilla y demas Pueblos que esten conmovidos.

Que desde luego hemos oido con mucha complacencia el fervor y entusiasmo con que todos claman y se ofrecen á derramar su sangre en favor de nuestros Soberanos; y quieren sacrificar sus vidas y haciendas en su obsequio: lo que confirma irrevocablemente el honor, lealtad y fidelidad tan acreditadas de los habitantes de la Betica; pero al mismo tiempo que nos eran gratos sus clamores, reflexionamos los muchos y graves inconvenientes que podian resultar de seguir y segundar sus ideas ha-

ciendolas realizar: de los que enumeramos los principales.

1. Unos enemigos insaciables de lucros, amenazan nuestras costas, y no dexarian de aprovecharse de nuestra ausencia para apoderarse de la Esquadra y Arsenal, hacer de esta Ciudad un segundo Gibraltar y saquear nuestros Puertos. Su mala fe està harto acreditada.

2. Despues de muchas cosechas escasas, la Providencia nos envia una abundante previniendo nuestras necesidades, y deberiamos abandonarla y perderla enteramente si todos los brazos robustos se empleasen en las armas el tiempo de su recoleccion.

3. Nuestros Soberanos que tenian un legitimo derecho y autoridad para convocarnos y conducirnos á sus enemigos, lejos de hacerlo, han declarado Padre é hijo repetidas veces, que los que se toman por tales son sus amigos intimos, y en consecuencia se han ido espontaneamente y sin violencia con ellos. ¿Quien reclama, pues nuestros sacrificios?

4. No haber en la Peninsula tropas con que obrar. Si de nuestro muy corto Exercito, respecto á nuestros medios, se substraen los que están fuera del Reyno, los que guarnecen à Mallorca, Menorca, Ceuta, los Presidios, y otros Puertos ultramarinos con quienes no podemos contar y distintas Plazas de las Provincias, solo quedan pocos Regimientos tan escasos, que los de infanteria apenas tienen la fuerza de un Batallon y los de Caballeria de un Esquadron.

5. Despues que hay tropas regladas: que las formaciones en Batalla para evitar el destrozo de la artilleria, son de poco fondo y de consiguiente muy extendidas: que la Artilleria de Batalla, estan movable que se lleva por todas partes; y que las

maniobras de un Exercito son tan complicadas y sabias, todos los autores militares convienen en que los paysanos y habitantes de los pueblos abiertos no deben hacer la menor defensa, sino obedecer á quien venza. Asi lo han hecho recientemente los Austriacos, Prusianos, y Heses &c. Lo contrario atraeria saqueos é incendios de Pueblos y suma efusion de sangre.

Sin embargo de estos y otros perjuicios, los Generales expresados, no queremos de ningun modo ser notados ni tenidos por nuestros compatriotas por demasiado precavidos ni malos patricios, y cedemos á los clamores generales de la Provincia. Mas no por esto daremos lugar á que los mismos que ahora reclaman y piden ser conducidos contra los que se declaren por enemigos, despues nos desprecien, vituperen y abominen, por haberlos llevado como á rebaños de ovejas á la carniceria. Para combatir es menester alistarse: regimentarse, disciplinarse y tener una tactica: Sin ella seriamos como los Mexicanos ó Tlascaltecas delante de Hernan Cortes al tiempo de la conquista. Es necesaria una numerosa artilleria que exige mucho ganado de tiro y carga: ademas provisiones de toda especie, pues no hemos de ir á saquear nuestras Provincias. De otra parte, sin dinero, no se hace la guerra, y es indispensable juntar sumas competentes. En fin no es asunto de una campaña corta (á menos que desde luego fuesemos derrotados completamente.) Son menester muchas y muchas victorias para conseguir el fin que se propone, y abandonar de consiguiente para siempre ó por mucho tiempo nuestras casas, haciendas, mugeres é hijos. La experiencia y conocimiento de la guerra nos hace hablar: aun mas nos mueve la prevision de los catastrofes y desgracias que van á sobrevenir. Nu-

estros Compatriotas á quienes amamos lo quieren.

Hablando con Andaluces, que miran con horror y como vileza toda alevosia y traicion, es inutil advertir que por ningun caso se deben manchar las manos con la sangre de ningun extranero que vive en la seguridad de su buena fe. El campo de Marte es solo el teatro del honor: los asesinatos prueban baxeza y cobardia, cubren de infamia, y atraen represalias crueles y justas.

Uno de nosotros irá en consecuencia inmediatamente á Sevilla para organizar la gente que alli se presente: los demas inquiriremos la que quiera alistarse en los demas pueblos conmovidos, y tomaremos providencias, relativas á los resultados que haremos saber.

Finalmente los Generales dichos opinan, que en las circunstancias actuales, la defensa de Cadiz no puede desatenderse por su importancia, por la Esquadra, Arsenal y puerto, y tambien por las riquezas que encierra. Pueden no bastar las tropas que actualmente existen en ella para precaver los insultos de los enemigos que puedan atacarla. Ademas no conviene en ningun modo dexar las espaldas sin guarnecer. Por esta razon hemos creido oportuno, que no conviene, que los vecinos de Cadiz, la Isla y los puertos, salgan por ahora de sus hogares, y si que todos los que esten poseidos del deseo de servir á la patria se alisten, igualmente que las milicias urbanas para que se instruyan y puedan hacerlo dignamente. A este fin desde mañana á las siete de ella concurrirán en casa del Teniente Rey de esta Plaza todos los que pretendan servir en circunstancias tan extraordinarias. Al mismo tiempo se nombran oficiales, en la Isla y Puertos para igua-

les alistamientos. Por lo que toca al resto de la provincia, hemos determinado, que uno de nosotros pase inmediatamente á Sevilla para organizar los que allí hayan tomado las armas, y se nombrarán diferentes oficiales para los demas Pueblos de la Provincia, para alistar y organizar el todo. Cadiz 28 de Mayo de 1808. El Marques del socorro.

*Por la consideracion de hallarse entre los vocales de este Consejo de Guerra, el tan sofisticado como infame General D. Tomás Morla, que habrá deslumbrado á los demas vocales, se suprime el nombre de ellos, conservando solo el del Presidente.*

En la Coruña.

En la Oficina de D. Francisco Cándido Pérez Prieto.

Año de 1811.

IN REPLY TO LETTER OF 10/10/50  
FROM THE DIRECTOR OF THE  
BUREAU OF THE ARMY  
RE: THE ARMY  
OFFICE OF THE ARMY  
GENERAL STAFF  
WASHINGTON, D. C.









